

◆ COLECCIÓN ◆
FERNANDO CARLOS
VEVIA ROMERO

Blaise Pascal

Pensamientos



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

◆ COLECCIÓN ◆
FERNANDO CARLOS
VEVIA ROMERO

Blaise Pascal

Pensamientos



**Universidad
de Guadalajara**





Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2016

Director de la colección
Fernando Carlos Vevia Romero

Autor
Blaise Pascal

Traducción
Olga Riebeling Amozorrutia

D.R. © 2016, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Abril de 2016

ISBN 978-607-742-494-9

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Estimado universitario:

Los resultados poco satisfactorios que se han obtenido en las pruebas PISA y ENLACE ponen de manifiesto que los estudiantes de nivel medio y superior en todo el país tienen dificultades con la comprensión lectora. La Universidad de Guadalajara, no ajena a esta realidad, decidió crear desde 2010 el Programa Universitario de Fomento a la Lectura “Letras para volar”.

Este programa promueve el gusto por la lectura a la par que se propone el desarrollo de la competencia lectora en estudiantes de diversos niveles educativos. Esta labor se realiza desde la función sustantiva de extensión en la que prestadores de servicio social de nuestra casa de estudios acuden semanalmente a escuelas primarias y secundarias para fomentar el gusto por la lectura, gracias a lo cual un total de 123,598 niños y jóvenes se han visto beneficiados con el programa desde su creación.

Desde las funciones de investigación y docencia, la Universidad de Guadalajara trabaja en favor de los jóvenes de nivel medio y superior para consolidar la competencia lectora y poner al alcance de los estudiantes la lectura, por tanto, hemos invitado a tres universitarios distinguidos a integrarse a este proyecto y seleccionar títulos para las tres colecciones que llevan su nombre:

- Colección Caminante Fernando del Paso
- Colección Hugo Gutiérrez Vega
- Colección Fernando Carlos Vevia Romero

Desarrollar la competencia lectora está no sólo en la base de la educación, sino en el apoyo mismo de lo que somos como sociedad. Leer en la universidad no se debe limitar a los textos escolares; por ello, ponemos a disposición de nuestros jóvenes tirajes masivos para que desarrollen el entusiasmo por la lectura y la incorporen a su vida cotidiana.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rector General
Universidad de Guadalajara

Índice

- 9 Pensamientos**
- 11 Contra la indiferencia de los ateos**
- 21 De cómo es más ventajoso creer lo que
enseña la religión cristiana**
- 27 Signos de la verdadera religión**
- 35 Verdadera religión probada por las
contradicciones que se encuentran
en el hombre y por el pecado original**
- 45 Pensamientos diversos sobre la religión**
- 61 Conocimiento general del hombre**
- 68 Grandeza del hombre**
- 74 Vanidad del hombre, imaginación,
amor propio**
- 86 Debilidad del hombre. Incertidumbre
de sus conocimientos naturales**

- 94** **La miseria del hombre**
- 98** **Sorprendentes contradicciones
que se encuentran en la naturaleza
del hombre respecto de la verdad,
de la felicidad y de muchas otras cosas**

Pensamientos

FERNANDO CARLOS VEVIA ROMERO

Blaise Pascal (1623-1662) mostró desde muy joven una precocidad científica extraordinaria. A los 18 años escribió un *Tratado sobre los sonidos* y demostró la Proposición 32 de Euclides. En 1640 publicó su *Ensayo sobre las cónicas*, escrito a los 16 años. En 1642 concibió su “máquina aritmética” para ayudar a su padre con los cálculos en su trabajo del Tribunal de Cuentas. En 1646 Pascal y su padre repiten los experimentos de Torricelli que habían sido muy discutidos. Más tarde tuvo correspondencia con Fermat y conoció a Descartes. Los dos hombres, Descartes y Pascal, tuvieron muchas cosas parecidas, pero al mismo tiempo son muy diferentes.

Pascal fue un genio matemático, como Descartes. Se acercó muchísimo al cálculo infinitesimal; contribuyó a sentar las bases del cálculo de probabilidades. Fue asimismo un físico genial. A los 12 años observa que un plato de cerámica golpeado con un cuchillo deja de sonar cuando es tocado con los dedos y escribe su *Tratado de los sonidos*. Sobre todo descubrió y probó la existencia del vacío, negado como dogma por todos los físicos desde Aristóteles (horror vacui = la naturaleza

tiene horror al vacío, decían). Los líquidos y el aire deben ser tratados como sustancias móviles.

Fue un moderno hombre de mundo: entró en el círculo del P. Mersenne, cuando sólo tenía 16 años. Defendían a Galileo, Campanella y Descartes. Tienen correspondencia con Thomas Hobbes, Torricelli, Christian Huygens (inventor del reloj de péndulo). Asimismo, Pascal fue un brillante literato, contribuyendo al máximo en la creación de la prosa científica francesa, con su natural simplicidad y elegancia. Sus *Pensamientos* (*Pensées*) son una obra maestra de la literatura universal y Voltaire calificó su obra *Lettres Provinciales* (Cartas a un provincial) como “el primer libro escrito por un genio de la prosa.

Acerca de la larga historia vivida por Pascal para mantener la fe y la ciencia, Hans Küng en su largo y enjundioso escrito, afirma:

Pascal, al contrario que Descartes no crea escuela, su ambiciosa obra *La verdad de la religión cristiana*, quedó incompleta; sus *Pensamientos*, ocurrencias, aforismos, gritos incluidos en sus agudos análisis y fragmentos más desarrollados (que han dado a menudo ocasión de malos entendidos) nunca constituyen un sistema [...] Al contrario de sus sucesores (que apenas se recuerdan ya) Pascal se ha mantenido siempre como una figura viva y actual.

Contra la indiferencia de los ateos

Que aprendan por lo menos cuál es la religión que combaten, antes que a combatirla. Si esta religión se vanagloriara de tener una visión clara de Dios, y de poseerla al descubierto y sin velo, sería combatirla decir que no se ve nada en el mundo que la muestre con esta evidencia. Pero puesto que dice, por el contrario, que los hombres se hallan en tinieblas y en alejamiento de Dios, el cual está oculto a su conocimiento, que éste es el nombre que se da a sí mismo en las Escrituras: *Deus absconditus*; y, finalmente, puesto que trabaja igualmente por establecer estas dos cosas: que Dios ha establecido notas visibles en la Iglesia para darse a conocer a aquellos que lo buscan sinceramente; y que las ha encubierto, sin embargo, de tal suerte, que no podrá ser percibido sino por aquellos que le buscan de todo corazón, ¿qué provecho podrán sacar, cuando en medio de la negligencia que profesan para la búsqueda de la verdad vociferan diciendo que no hay nada que se la muestre, puesto que esta oscuridad en que se encuentran y que objetan a la Iglesia, no hace sino establecer una de las cosas que ella sostiene, sin afectar para nada, a la otra, y establece su doctrina, lejos de arruinarla?

Para combatirla sería menester que proclamaran haber realizado todos los esfuerzos para buscarla en todas partes, incluso en lo que la Iglesia les propone para informarse de ella, y que no han hallado satisfacción ninguna. Si hablaran de esta suerte, combatirían verdaderamente una de sus pretensiones. Pero confío mostrar aquí que no hay persona razonable que pueda hablar de esta suerte, y me atrevo incluso a decir que jamás ha habido quien lo haya hecho. Demasiado conocida es la manera como obran los que proceden con este espíritu. Creen haber realizado grandes esfuerzos para instruirse, cuando han dedicado algunas horas a la lectura de algún libro de la Escritura, y cuando han interrogado a algún eclesiástico acerca de las verdades de la fe. Después de esto se las dan de haber buscado sin éxito en los libros y entre los hombres. Pero, en verdad, yo les diré lo que he dicho muchas veces: que esta negligencia no es tolerable. No se trata aquí del ligero interés por una persona extraña que justificara esta manera de proceder; se trata de nosotros mismos y de nuestro todo.

La inmortalidad del alma es una cosa que nos importa tanto, que nos toca tan profundamente, que es menester haber perdido todo sentimiento para quedar indiferente ante lo que sea de ella. Todas nuestras acciones y nuestros pensamientos habrán de emprender caminos tan diferentes, según haya bienes eternos que esperar o no, que es imposible dar un paso con sentido

y juicio si no es regulándolo por la visión de este punto, que ha de ser nuestro último objeto.

Así, nuestro primer interés y nuestro primer deber consiste en ponernos de acuerdo sobre este punto, del que depende toda nuestra conducta. Por esto, de entre los que no están persuadidos de ello, pongo una extrema diferencia entre aquellos que trabajan con todas sus fuerzas para instruirse en ella y aquellos que viven sin esforzarse y sin pensar en ello.

No puedo sentir más que compasión para aquellos que gimen sinceramente en esta duda, que la consideran como la última de sus desgracias, y que, no escatimando nada para salir de ella hacen de esta investigación la principal y más seria de sus ocupaciones.

Pero aquellos que pasan su vida sin pensar en este último fin, y que, por la sencilla razón de que no encuentran en sí mismos luces que les persuadan de ello, descuidan el ir a buscarlas en otra parte, y no examinan a fondo si esta opinión es de esas que el pueblo recibe por una simplicidad crédula, o de aquellas que, aunque oscuras en sí mismas, poseen, sin embargo, un fundamento muy sólido e inquebrantable, a éstos les considero de una manera completamente diferente.

Esa negligencia en un asunto en que se trata de ellos mismos, de su eternidad, de su todo, me irrita más que me entenece; me asombra y me espanta, es para mí algo monstruoso. No digo esto por celo piadoso de una devoción espiritual. Entiendo, por el contrario, que hay

que abrigar este sentimiento por un principio de interés humano y por un interés de amor propio: basta ver para esto lo que ven las personas menos esclarecidas.

No hace falta tener un alma muy elevada para comprender que no hay aquí satisfacción verdadera y sólida, que todos nuestros placeres no son sino vanidad, que nuestros males son infinitos, y que, finalmente, la muerte, que nos amenaza a cada instante, ha de colocarnos infaliblemente dentro de pocos años en la horrible necesidad de ser eternamente o aniquilados o desgraciados.

Nada hay más real ni más terrible que esto. Podemos bravuconear cuanto queramos: he ahí el fin que espera a la vida más hermosa del mundo. Reflexiónese sobre ello y dígase inmediatamente si no es indubitable que no hay nada de bueno en esta vida, sino en la esperanza de otra, que no se es feliz sino en la medida en que se acerca uno a ella, y que así como no habrá ya desgracias para quienes abrigaban una entera seguridad en la eternidad, así tampoco habrá felicidad para quienes no tuviesen luz ninguna acerca de ella.

Es verdad, pues, que es un gran mal hallarse en esta duda; pero es por lo menos un deber indispensable el buscar, cuando se está en ella; y por esto, aquel que duda y no busca es, a la vez, sumamente desgraciado y sumamente injusto; si con esto queda tan tranquilo y satisfecho que haga profesión de ello, y que, finalmente,

se vanaglorie de ello, y que incluso haga de este estado objeto de su vanidad, no tengo palabras para calificar a tan extravagante criatura.

¿De dónde ha podido sacar estos sentimientos? ¿Qué motivo de goce encuentra en no esperar más que miserias sin recurso? ¿Qué motivo de vanidad en verse envuelto en oscuridades impenetrables, y cómo es posible que este razonamiento acontezca en un hombre razonable?

“No sé quién me ha traído al mundo, ni qué es el mundo, ni qué soy yo mismo; me hallo en una terrible ignorancia de todo; no sé lo que es mi cuerpo, qué mis sentidos, qué mi alma, ni qué esa misma parte del yo que piensa lo que digo, que reflexiona sobre todo y sobre sí misma, y no se conoce a sí misma mejor que al resto. Veo estos terribles espacios del universo que me envuelven, y me veo afectado a un rincón de esta vasta extensión, sin que sepa por qué estoy colocado en este lugar más bien que en otro, ni por qué este breve lapso que me ha sido dado para vivir, me ha sido asignado más bien en este punto que en otro de la eternidad que me ha precedido y de toda la que me sigue. No veo por ninguna parte sino infinidades, que me envuelven como un átomo y como una sombra que no dura sino un instante para no volver. Lo único que conozco es que pronto voy a morir, pero lo que más ignoro es esta misma muerte que no soy capaz de evitar.

“Como no sé de dónde vengo, tampoco sé adónde voy; y sé solamente que al salir de este mundo caigo para siempre jamás o en la nada o en las manos de un Dios irritado, sin saber cuál de estas dos condiciones me será eternamente dada por herencia. He aquí mi estado, lleno de flaqueza y de incertidumbre. Y de todo ello concluyo, pues, que debo pasar todos los días de mi vida sin pensar en averiguar lo que me va a acontecer. Quizá pudiera encontrar algún esclarecimiento en mis dudas; pero no me quiero tomar la pena de ello ni dar un paso para buscarlo y después, tratando con desprecio a quienes trabajen en esta faena, voy a marchar, sin previsión y sin temor, a embarcarme en un acontecimiento tan grande, y a dejarme conducir muellemente hacia la muerte, en la incertidumbre de la eternidad de mi condición futura”.

¿Quién desearía tener como amigo a un hombre que discurriera de esta manera? ¿Quién lo elegiría de entre los demás para comunicarle sus asuntos? ¿Quién recurriría a él en sus aflicciones? Y, finalmente, ¿a qué empleo en la vida podría destinársele?

En realidad, es una gloria para la religión tener por enemigos a hombres tan insensatos; y su oposición le es tan poco perjudicial, que sirve, por el contrario, para el establecimiento de sus verdades. Porque la fe cristiana casi se reduce a establecer estas dos cosas: la corrupción de la naturaleza y la redención de Jesucristo. Ahora bien: yo afirmo que si no sirven para mostrar la

verdad de la redención por la santidad de sus costumbres, sirven por lo menos admirablemente para mostrar la corrupción de la naturaleza por sentimientos tan desnaturalizados.

Nada es tan importante para el hombre como su estado, nada tan temible para él como la eternidad; y por esto no es natural que haya hombres indiferentes a la pérdida de su ser y al peligro de una eternidad de miserias. Son completamente distintos respecto de todas las demás cosas: temen hasta las más ligeras, las prevén, las sienten; y este mismo hombre que pasa tantos días y tantas noches rabiando y desesperado por la pérdida de un puesto o por una ofensa imaginaria a su honor, es el mismo que sin inquietud y sin emoción sabe que va a perderlo todo con la muerte. Es monstruoso ver en un mismo corazón y al mismo tiempo esta sensibilidad por las menores cosas y esta extraña insensibilidad por las más grandes. Es un encantamiento incomprensible y un embotamiento sobrenatural, que denota la fuerza omnipotente que lo produce.

Es menester que exista una extraña inversión en la naturaleza del hombre para gloriarse de hallarse en este estado, en el cual parece increíble que haya una sola persona que pueda existir. Sin embargo, la experiencia me ha hecho ver un número tan grande de ellas, que sería sorprendente que no supiéramos que la mayoría se desfiguran y no son así efectivamente; son gentes que han oído decir que los buenos modales del mundo

consisten en hacerse así el desbocado. Es lo que llaman haber sacudido el yugo, y lo que tratan de imitar. Pero no sería difícil darles a entender cómo se equivocan buscando la estima por este camino. No es el medio de adquirirla ni tan siquiera entre las personas de mundo que juzgan sanamente de las cosas y que saben que el único camino para triunfar es aparecer honrado, fiel, juicioso y capaz de servir útilmente al amigo, porque a los hombres no les gusta, naturalmente, sino lo que puede serles útil. Ahora bien: ¿qué provecho hay para nosotros en oír decir a un hombre que ha sacudido el yugo, que no cree que hay un Dios que vela sobre sus acciones, que se considera como un señor único de su conducta, y que no piensa en dar cuentas sino a sí mismo? ¿Cree que nos ha movido con ello a tener en lo sucesivo confianza en él, y a esperar de él consuelos, consejos y socorros en todas las necesidades de la vida? ¿Pretende habernos regocijado al decirnos que nuestra alma no es sino un poco de viento y de humo, y decirlo todavía con un tono de voz orgulloso y contento? ¿Acaso es cosa que pueda decirse alegremente? ¿No es, por el contrario, cosa para dicha tristemente, como la cosa más triste del mundo?

Si pensaran seriamente en ello, verían que es cosa tan mal considerada, tan contraria al buen sentido, tan opuesta a la honradez, y tan alejada en toda forma de este buen porte que tanto buscan, que serían más bien capaces de rectificar que de corromper a los que sintie-

ran la menor inclinación de seguirles. Y, efectivamente, hacedles dar cuenta de sus sentimientos y de las razones que tienen para juzgar de la religión; os dirán cosas tan flojas y bajas, que os persuadirán de lo contrario. Es lo que un día les decía muy a propósito una persona: «Si continuáis discurrendo de esta manera -les decía-, verdaderamente me convertiréis». Y tenía razón.

Por esto, los que no hacen sino fingir estos sentimientos serían muy desgraciados si tuvieran que forjar su naturaleza para hacerse los más impertinentes de los hombres. Si están molestos en el fondo de su corazón por no tener más luz, que no lo disimulen: esta declaración no tiene nada de vergonzoso. La única vergüenza es carecer de ella. Nada acusa más la extrema flaqueza de espíritu que el no reconocer la desgracia de un hombre sin Dios; nada indica más claramente una mala disposición de corazón que el no desear la verdad de las promesas eternas; nada más cobarde que hacer bravatas contra Dios. Dejen, pues, estas impiedades para los que son lo bastante mal nacidos para ser verdaderamente capaces de ellos; sean por lo menos personas honradas si no pueden ser cristianas, y reconozcan finalmente que no hay más que dos clases de personas que puedan llamarse sensatas: o los que sirven a Dios de todo corazón, porque le conocen, o los que le buscan de todo corazón porque no le conocen.

Pero por lo que hace a los que viven sin conocerle y sin buscarle, se juzgan a sí mismos tan poco dignos de

preocuparse de sí mismos como dignos de ser objeto de preocupación para los demás; y es menester tener toda la caridad de la religión que ellos desprecian para no despreciarlos hasta abandonarlos en su locura. Pero, puesto que esta religión nos obliga a considerarlos siempre, mientras estén en esta vida, como capaces de la gracia que puede iluminarles, y a creer que en poco tiempo pueden hallarse más llenos de fe que lo estamos nosotros, y que nosotros podemos, por el contrario, caer en la obcecación en que ellos se encuentran, hay que hacer por ellos lo que quisiéramos que se hiciera por nosotros si estuviéramos en su lugar, y moverles a tener piedad de sí mismos y a dar por lo menos algunos pasos para que prueben a ver si encuentran luz. Que concedan a esta lectura algunas de esas horas que tan inútilmente emplean fuera de ella: cualquiera que sea la versión que aporten a ella, tal vez encontrarán algo, y por lo menos no perderán mucho; pero aquellos que aporten una perfecta sinceridad y un verdadero deseo de encontrar la verdad, espero que encontrarán satisfacción, y que quedarán convencidos de las pruebas de una religión tan divina, que he reunido aquí, y en las que he seguido sobre poco más o menos este orden...

De cómo es más ventajoso creer lo que enseña la religión cristiana

Infinito. Nada. Nuestra alma está arrojada en el cuerpo, en el cual encuentra número, tiempo, dimensiones. Razona sobre ello y llama a esto naturaleza, necesidad, y no puede creer otra cosa.

La unidad añadida al infinito no lo acrecienta en nada, no más que un pie a una medida infinita. Lo finito se aniquila en presencia de lo infinito y se convierte en pura nada. Así, nuestro espíritu ante Dios; así, nuestra justicia ante la justicia divina. No hay desproporción tan grande entre nuestra justicia y la de Dios, entre la unidad y el infinito.

La justicia de Dios tiene que ser tan enorme como su misericordia. Ahora bien: la justicia respecto de los réprobos es menos enorme y debe chocar menos que la misericordia respecto de los elegidos.

Conocemos que hay un infinito e ignoramos su naturaleza. Como sabemos que es falso que los números sean finitos, por tanto es verdad que hay un infinito en número. Pero no sabemos lo que es: es falso que sea par, es falso que sea impar; porque añadiéndole la unidad no cambia de naturaleza; sin embargo, es un núme-

ro, y todo número es par o impar (es verdad que esto se refiere a todo número finito). Así puede perfectamente ser conocido que hay un Dios sin saber lo que es.

¿No hay una verdad sustancial, viendo tantas cosas que no son la verdad misma?

Conocemos, pues, la existencia y la naturaleza de lo finito, porque somos finitos y extensos como él. Conocemos la existencia del infinito e ignoramos su naturaleza, porque tiene extensión como nosotros, pero no fronteras como nosotros. Pero no conocemos la existencia ni la naturaleza de Dios, porque no tiene ni extensión ni límite.

Pero conocemos su existencia por la fe; por la gloria conoceremos su naturaleza. Ahora bien: he mostrado ya que se puede conocer perfectamente la existencia de una cosa sin conocer su naturaleza. Hablemos ahora según la luz natural.

Si hay un Dios, es infinitamente incomprendible, puesto que no teniendo ni partes ni límites, no tiene proporción ninguna con nosotros; somos, pues, incapaces de conocer ni lo que es ni si es. Esto supuesto, ¿quién intentará resolver esta cuestión? No nosotros, que no somos proporcionados a Él.

¿Quién acusará, pues, a los cristianos de no poder dar razón de su creencia, ellos que profesan una religión de la que no pueden dar razón? Exponiéndola al mundo, declaran que es una estupidez, *stultitiam*; ¡y os quejáis luego de que no la prueben! Si la probaran, no

tendrían palabras: careciendo de pruebas es como no carecen de sentido.

Examinemos, pues, este punto y digamos: «Dios, o es, o no es». ¿Hacia qué lado nos inclinaremos? La razón no puede determinarlo: hay un caos infinito que nos separa. En la extremidad de esta distancia infinita se está jugando un juego en el que saldrá cara o cruz. ¿Qué os apostáis? Por razón no podéis hacer ni lo uno ni lo otro; por razón no podéis impedir ninguno de los dos. No recriminéis, pues, de falsedad a los que han elegido, porque no sabéis nada.

Sí; pero hay que apostar; esto no es voluntario; estáis embarcados. ¿Por cuál os decidiréis, pues? Veamos. Puesto que hay que elegir, veamos qué es lo que nos interesa menos. Tenéis dos cosas que perder: la verdad y el bien, y dos cosas que comprometer: vuestra razón y vuestra voluntad, vuestro conocimiento y vuestra felicidad; y vuestra naturaleza tiene dos cosas de que huir: el error y la miseria. Vuestra razón no queda más herida al elegir lo uno que lo otro, puesto que, necesariamente, hay que elegir. He aquí un punto resuelto. Pero ¿vuestra felicidad?

Pesemos la ganancia y la pérdida, tomando como cruz que Dios existe. Estimemos estos dos casos: si ganáis, ganáis todo; si perdéis, no perdéis nada. Optad, pues, porque exista sin vacilar. Esto es admirable. Sí, hay que comprometer; pero tal vez comprometo demasiado.

Veamos. Puesto que hay el mismo riesgo de ganancia y de pérdida, si no tuvierais sino que ganar dos vidas

por una, podríais todavía comprometer algo; pero si hubiera tres que ganar, haría falta jugar (puesto que estáis en la necesidad de jugar), y seríais imprudentes si, estando forzados a jugar, no aventurarais vuestra vida para ganar tres en un juego en que hay igual azar de pérdida o de ganancia. Pero hay una eternidad de vida y de felicidad. Y siendo así, aun cuando hubiera una infinidad de casualidades, de las cuales una sola pudiera ser la vuestra, tendríais todavía razón en comprometer una para tener dos, y obraríais insensatamente si, obligados a jugar, rehusarais jugar una vida contra tres en un juego en el que, entre infinitas casualidades, hay para vosotros una, si hay una infinidad de vida infinitamente feliz que ganar. Y aquí hay una infinidad de vida feliz que ganar, un azar de ganancia contra un número finito de azares de pérdida, y lo que hagáis es finito. Esto decide toda la partida: dondequiera intervenga el infinito, y en que no haya infinidad de posibilidades de pérdida contra la de ganancia, no hay vacilación posible. Hay que darlo todo. Y por esto, cuando se está obligado a jugar, hay que renunciar a la razón para conservar la vida, antes que arriesgarla por la ganancia infinita, tan presta a llegar como la pérdida de la nada.

Porque de nada sirve decir que es incierto si se va a ganar, y que es cierto que se juega, y que la infinita distancia existente entre la *certidumbre* de lo que se expone y la *incertidumbre* de lo que se va a ganar, iguala el bien finito, que se expone ciertamente, con el

infinito, que es incierto. Esto no es así. Todo jugador aventura con certidumbre para ganar con incertidumbre; y, sin embargo, aventura ciertamente lo finito para ganar inciertamente lo finito, sin pecar contra la razón. No hay infinidad de distancia entre esta certeza de lo que se expone y la incertidumbre de la ganancia; esto es falso. Hay, es verdad, infinidad entre la incertidumbre de ganar y la certidumbre de perder; pero la incertidumbre de ganar es proporcional a la certidumbre de lo que se arriesga, según la proporción de los azares de ganancia y de pérdida. Y de aquí viene que, si hay igual azar de un lado que de otro, hay que jugar la partida igual contra igual; y entonces la certidumbre de lo que se expone es igual a la incertidumbre de la ganancia: tan lejos está de ser infinitamente distancia. Y así, nuestra proposición tiene una fuerza infinita cuando hay que aventurar lo finito en un juego en que hay iguales posibilidades de ganancia que de pérdida y en que se puede ganar el infinito. Esto es demostrativo; y si los hombres son capaces de alguna verdad, ésta es una.

Lo confieso, lo reconozco. Pero ¿no hay posibilidad de ver la trama del juego?

Sí, la escritura y el resto, etc. Sí; pero tengo las manos atadas y la boca enmudecida; se me fuerza a apostar, no se me deja en libertad; no se me deja, y estoy hecho de tal manera, que no puedo creer. ¿Qué queréis que haga?

Es verdad. Pero daos cuenta, por lo menos, de vuestra incapacidad de creer, puesto que la razón os conduce a ello y que, sin embargo, no podéis creer. Trabajad, pues, no en convenceros aumentando las pruebas de Dios, sino disminuyendo vuestras pasiones. Queréis llegar a la fe y no conocéis el camino; queréis curaros de la infidelidad y solicitáis el remedio: aprended de quienes han estado atados como vosotros y que ahora ponen en juego todo lo que tienen; son gentes que conocen este camino que quisierais seguir, y que están curadas de un mal de que queréis curaros. Seguid la manera como han comenzado; haciéndolo todo como si creyeran, tomando agua bendita, haciendo decir misas, etc. Naturalmente, hasta esto os hará creer y os embrutecerá. Pero esto es lo que temo. ¿Y por qué? ¿Qué vais a perder?

Signos de la verdadera religión

La verdadera religión debe tener como señal la obligación de amar a su Dios. Esto es muy justo, y, sin embargo, ninguna lo ha ordenado; la nuestra lo ha hecho. Debe haber conocido también la concupiscencia y la impotencia; la nuestra lo ha hecho. Debe haber procurado los remedios para esto; uno de ellos es la oración. Ninguna religión ha pedido a Dios amarlo y seguirlo.



La verdadera naturaleza del hombre, su verdadero bien, y la verdadera virtud y la verdadera religión, son cosas cuyo conocimiento es inseparable.



Es necesario para que una religión sea verdadera, que haya conocido nuestra naturaleza. Ella debe haber conocido la grandeza y la pequeñez, y la razón de una y otra. ¿Quién la ha conocido, a no ser la cristiana?



Las demás religiones, como las paganas, son más populares porque existen en el exterior; pero no son para las gentes hábiles. Una religión puramente intelectual sería más adecuada para los hábiles, pero no serviría para el pueblo. La religión cristiana es la única adecuada para todos, por ser una mezcla de exterior e interior. Eleva al pueblo a lo interior y rebaja a los soberbios a lo exterior; no es perfecta sin ambas cosas, porque hace falta que el pueblo entienda el espíritu de la letra y que los hábiles sometan su espíritu a la letra.



Ninguna otra religión ha propuesto odiarse. Por lo tanto, ninguna otra religión puede gustar a quienes se odian y buscan un ser verdaderamente digno de ser amado. Y éstos la aceptarían de entrada, pero nunca han oído hablar de la religión de un Dios humillado. A no ser la nuestra, ninguna religión enseñó que el hombre nace en pecado; ninguna secta de filósofos lo ha dicho: por lo tanto, ninguna ha dicho la verdad.



Si sólo hubiera una religión; Dios estaría en ella bien manifiesto. Si sólo hubiera mártires en nuestra religión, lo mismo.

Estando Dios así escondido, toda religión que no afirma que Dios está escondido no es verdadera; y toda religión que no ofrece razón de eso no es instructiva. La nuestra cumple con todo eso: *Vere tu es Deus absconditus*.

Esta religión, que consiste en creer que el hombre ha caído de un estado de gloria y de comunicación con Dios en un estado de tristeza, de penitencia y de alejamiento de Dios, pero que, después de esta vida, seremos restablecidos por un Mesías que debía venir, siempre existió sobre la tierra. Todas las cosas han pasado, y aquélla ha subsistido, y por ella existen todas las cosas. Los hombres, en la primera edad del mundo, fueron arrastrados a desórdenes de toda especie, y, sin embargo, había santos, como Enoc, Lamec y otros, que esperaban pacientemente al Cristo prometido desde el comienzo del mundo. Noé vio la maldad de los hombres en su más alto grado, y mereció salvar el mundo en su persona por la esperanza del Mesías. Abrahán estaba rodeado de idólatras cuando Dios le hizo conocer el misterio del Mesías, que él saludó desde lejos. En tiempos de Isaac y de Jacob, la abominación se había expandido sobre toda la tierra, pero esos santos vivían en la fe; y Jacob, al morir bendiciendo a sus hijos, exclama, en un raptó que lo obliga a interrumpir su discurso: Espero, oh Dios mío, al Salvador que habéis prometido: *Salutare tuum exspectabo, Domine*.

Los egipcios estaban infectados de idolatría y de magia; el mismo pueblo de Dios era arrastrado por sus

ejemplos; sin embargo, Moisés y otros creían en aquel al que no veían, y lo adoraban considerando los dones eternos que él les preparaba. Los griegos, y luego los latinos, hicieron reinar las falsas deidades; los poetas crearon cien teologías diversas; los filósofos se dividieron en mil sectas diferentes; y, sin embargo, había siempre, en el corazón de Judea, hombres elegidos que predecían la venida de ese Mesías, que sólo era conocido por ellos.

Vino, por fin, en la consumación de los tiempos; y, a partir de entonces, se vieron nacer tantos cismas y herejías, derrumbarse tantos Estados, tantos cambios en todas las cosas; y esa Iglesia, que adora a aquel que siempre ha sido adorado, subsistió sin interrupción. Y hay algo admirable, incomparable y completamente divino: que esa religión, que ha durado siempre, siempre ha sido combatida. Mil veces estuvo a punto de una destrucción universal; y cuantas veces ella se encontró en ese estado, Dios la restableció mediante manifestaciones extraordinarias de su poder. Esto es asombroso, y también el hecho de que se haya mantenido sin plegarse y doblegarse a la voluntad de los tiranos. Pues no es extraño que un Estado subsista, cuando a veces sus leyes se han visto obligadas a ceder.

Los Estados perecerían, si sus leyes no se plegaran a menudo a la necesidad. Pero nunca la religión permitió esto, ni lo empleó. Pues se necesitan esos arreglos o milagros. No es extraño que se conserven plegándose,

y esto no es en verdad mantenerse; y, sin embargo, terminan por perecer enteramente: no hay ninguno que haya durado mil años. Pero es divino que esa religión se haya mantenido siempre, e inflexible.



Habría demasiada oscuridad, si la verdad no poseyera señales evidentes. Una de ellas, y admirable, es que se conserve siempre en una Iglesia y asamblea de hombres visible. Habría demasiada claridad, si en esta Iglesia sólo existiera un sentir; el que siempre ha existido es el verdadero, pues en ella siempre existió la verdad, y nunca una falsedad.

Siempre se creyó en el Mesías. La tradición de Adán era todavía nueva en Noé y en Moisés. Después, los profetas lo predijeron, al predecir también otras cosas, cuyos acontecimientos, que aparecían de tiempo en tiempo a la vista de los hombres, señalaban la verdad de su misión y, por consiguiente, la de sus promesas acerca del Mesías. Jesucristo llevó a cabo milagros, y también los apóstoles, que han convertido a todos los paganos; y, de ese modo, habiéndose cumplido todas las profecías, el Mesías ha quedado probado para siempre.



Encuentro varias religiones contrarias, y por lo tanto todas falsas, menos una. Cada una quiere ser creída por su propia autoridad y amenaza a los incrédulos. Por lo tanto, no las creo en eso. Cada uno puede decirlo, cada uno puede decirse profeta. Pero hallo la cristiana, donde hay profecías, y esto no lo puede hacer cualquiera.



La única religión contra la naturaleza, contra el sentido común, contra, los placeres, es la única que siempre ha sido.



Toda la conducta de las cosas debe tener por objetivo el establecimiento y la grandeza de la religión; los hombres deben tener en sí mismos sentimientos conformes a lo que ella nos enseña; por último, ella debe ser a tal punto el objetivo y centro hacia el cual todas las cosas tienden, que quien sepa los principios de ella pueda dar razón no sólo de toda la naturaleza del hombre en particular, sino también de toda la conducta del mundo en general.

Y, sobre esta base, encuentran ocasión para blasfemar de la religión cristiana, porque la conocen mal. Se imaginan que ella consiste simplemente en la adoración de un Dios considerado como grande, poderoso y eterno; esto es en verdad el deísmo, casi tan alejado de la religión cristiana como el ateísmo, que es en todo con-

trario. Y de eso infieren que esa religión no es verdadera, porque no advierten que todas las cosas contribuyen a establecer este punto, que Dios no se manifiesta a los hombres con toda la evidencia con que podría hacerlo.

Pero, por más que infieran lo que quieran contra el deísmo, nada inferirá contra la religión cristiana, que consiste propiamente en el misterio del Redentor, el cual, uniendo en él las dos naturalezas, humana y divina, ha sacado a los hombres de la corrupción del pecado para reconciliarlos con Dios en su persona divina. Ella enseña, por lo tanto, a los hombres estas dos verdades a la vez: que hay un Dios, del cual los hombres son capaces, y que hay una corrupción en la naturaleza, la cual los hace indignos de él. Importa por igual a los hombres conocer estos dos puntos, y resulta igualmente peligroso al hombre conocer a Dios sin conocer su propia miseria y conocer su propia miseria sin conocer al Redentor que puede curarlo de ella. Uno solo de estos conocimientos genera o la soberbia de los filósofos, que han conocido a Dios y su propia miseria, o la desesperación de los ateos, que conocen su propia miseria sin Redentor.

Y así, como es igualmente necesario al hombre conocer esos dos puntos, es también igualmente propio de la misericordia de Dios habérmolos hecho conocer. La religión cristiana lo hace y ella consiste en eso. Exáminese sobre ello el orden del mundo, y véase si todas las cosas no tienden a establecer los dos temas de esa

religión: Jesucristo es el objetivo de todo, y el centro hacia el cual todo tiende. Quien lo conoce, conoce la razón de todas las cosas.



Si no nos sabemos llenos de soberbia, de ambición, de concupiscencia, de debilidad, de miseria y de injusticia, somos muy ciegos. Y si, al saberse así, no se desea estar libre de eso, ¿qué se puede decir de un hombre...? Así pues, ¿qué otra cosa sino, estima se puede tener por una religión que conoce tan bien los defectos del hombre, y qué otra cosa sino deseo por la verdad de una religión que para ellos promete remedios tan deseables?

Verdadera religión probada por las contradicciones que se encuentran en el hombre y por el pecado original

Las grandezas y las miserias del hombre son de tal manera visibles que es absolutamente preciso que la verdadera religión nos enseñe que hay cierto gran principio de grandeza en el hombre, y que hay un gran principio de miseria. Hace falta, pues, que nos dé razón de estas sorprendentes contrariedades.

Si hay un principio de todo, hay un solo fin de todo; todo por él, todo para él. Pero, como nos encontramos en la imposibilidad de adorar lo que no conocemos, y de amar otra cosa que a nosotros mismos, fuerza es que la religión, que instruye acerca de esos deberes, nos instruya también sobre esas imposibilidades, y que nos enseñe igualmente sus remedios.

Para hacer al hombre feliz hace falta que le muestre que hay un Dios; que hay que amarle; que nuestra verdadera felicidad consiste en estar en Él, y nuestro único mal es estar separados de Él; que reconozca que estamos llenos de tinieblas que nos impiden conocerlo y amarlo; y que obligándonos así nuestros deberes a amar a Dios, y desviándonos de Él nuestras concu-

piscencias, estamos llenos de injusticia. Es preciso que ella nos dé razón de estas oposiciones que oponemos a Dios y a nuestro propio bien. Es menester que nos enseñe los remedios para estas impotencias y los medios de obtener estos remedios. Examínense sobre este punto todas las religiones del mundo y véase si hay alguna, fuera de la cristiana, que satisfaga a él.

¿Serán los filósofos los que nos propongan por todo bien los bienes que están en nosotros? ¿Está aquí el verdadero bien? ¿Dónde han encontrado el remedio a nuestros males? ¿Excusará la presunción del hombre el haberlo hecho igual a Dios? Los que nos han igualado con los animales, y los mahometanos que nos han dado los placeres de la tierra por todo el bien, incluso en la eternidad, ¿han aportado algún remedio a nuestras concupiscencias? ¿Qué religión nos enseñará, pues, a curar el orgullo y la concupiscencia? ¿Qué religión, finalmente, nos enseñará nuestro bien, nuestros deberes, las flaquezas que nos separan de ellas, las causas de estas flaquezas, los remedios que pueden curarlas y el medio de obtener estos remedios? Todas las religiones juntas no han podido. Veamos lo que dirá la Sabiduría de Dios: En vano, oh hombres, buscáis en vosotros mismos remedio de vuestras miserias. Todas vuestras luces sólo pueden llegar a conocer que en vosotros mismos no encontraréis ni la verdad ni el bien. Los filósofos os lo prometieron, y no han podido hacerlo. No saben ni cuál es vuestro verdadero bien, ni cuál es vuestro verda-

dero estado. ¿Cómo habrían conseguido remedios para vuestros males, si ni siquiera los han conocido? Vuestras enfermedades principales son el orgullo, que os sustrae a Dios, la concupiscencia, que os ata a la tierra; y sólo se han dedicado a mantener una, por lo menos, de esas enfermedades. Os han dado a Dios como objetivo, pero sólo para ejercitar vuestra soberbia: os han hecho pensar que vosotros erais semejantes y conformes a Dios por vuestra naturaleza. Y los que han visto la vanidad de esa pretensión, os han arrojado en el otro precipicio, al haceros comprender que vuestra naturaleza era semejante a la de los animales, y os han llevado a buscar vuestro bien en las concupiscencias que son la parte de los animales. No es éste el medio de curaros de vuestras injusticias, que esos sabios no han conocido.

No esperéis, dice, ni verdad ni consolación de los hombres. Yo soy quien os ha formado y la única que puede enseñaros quién sois. Pero no os encontráis ahora en el estado en que yo os he formado. Yo he creado al hombre santo, inocente, perfecto, le he llenado de luz y de inteligencia; le he comunicado mi gloria y mis maravillas. El ojo del hombre veía entonces la majestad de Dios. No estaba entonces en las tinieblas que le ciegan, ni en la mortalidad, ni en las miserias que le afligen. Pero no ha podido sostener tanta gloria sin caer en la presunción. Ha querido hacerse centro de sí mismo e independiente de mi ayuda. Se ha sustraído a mi dominación; e igualándose a mí por el deseo de encontrar su

felicidad en sí mismo, le he abandonado a sí mismo; y rebelando a las criaturas que le estaban sometidas, las he convertido en enemigas suyas: de suerte que hoy el hombre se ha hecho semejante a los animales, se halla en tal alejamiento de mí, que apenas le queda una confusa luz de su autor: ¡hasta tal punto se han extinguido o alterado todos sus conocimientos! Los sentidos, independientes de la razón, y con frecuencia dueños de la razón, le han arrastrado a la búsqueda de los placeres. Todas las criaturas, o le afligen, o le tientan y dominan sobre él, lo que constituye una dominación más terrible y más imperiosa.

He aquí el estado en que se hallan hoy los hombres. Les queda cierto instinto impotente de felicidad de su primera naturaleza y están sumidos en las miserias de su ceguera y de su concupiscencia, que han convertido en su segunda naturaleza. Con este principio que yo os descubro podéis reconocer la causa de tantas contrariedades que han asombrado a todos los hombres, y que les han dividido en tan diversos sentires. Observad ahora todos los movimientos de grandeza y de gloria, que el padecimiento de tantas miserias no ha podido ahogar, y ved si su causa no debe verse en otra naturaleza.



¡Asombra, sin embargo, que el misterio más impenetrable para nuestro conocimiento, que es el de la trans-

misión del pecado, sea algo sin lo cual no podemos tener ningún conocimiento de nosotros mismos! Pues, nada, sin duda, hiere más nuestra razón que decir que el pecado del primer hombre haya tornado culpables a quienes, por estar tan lejos de esa fuente, parecen incapaces de participar en él. Tal deslizamiento no sólo nos parece imposible, sino también muy injusto; en efecto, ¿hay algo más contrario a las reglas de nuestra miserable justicia que condenar eternamente a un niño, incapaz de voluntad a causa de un pecado en el que parece, participar tan poco, que ha sido cometido seis mil años antes de su nacimiento? Ciertamente, no hay nada que nos choque más que esa doctrina; y sin embargo, sin ese misterio, el más incomprensible de todos, somos incomprensibles para nosotros mismos. El nudo de nuestra condición encuentra sus pliegues y repliegues en ese abismo, de modo que el hombre es más inconcebible sin ese misterio de lo que ese misterio es inconcebible para el hombre.

El pecado original es una locura ante los hombres; pero ya se les da como tal. No debéis, pues, echarme en cara lo absurdo de esta doctrina puesto que ya la doy yo como absurda. Pero esta locura es más cuerda que toda la cordura de los hombres: *Quod stultum est Dei, sapientius est hominibus* (I. Cor., I., 25.)

Porque sin esto ¿qué se diría ser del hombre? Todo su estado depende de este punto imperceptible. ¿Ni cómo sería advertida por la razón una cosa que está por

encima de la razón y lejos de poder ser descubierta por ella, la aleja con su presencia sola?



Estando ya patentes estos dos estados, es imposible que no los reconozcáis. Seguid vuestros movimientos, observaos a vosotros mismos, y ved si no encontráis los caracteres vivientes de estas dos naturalezas. ¿Existirían tantas contradicciones en un sujeto simple?

Esta duplicidad del hombre es tan visible que hay quien ha pensado que poseíamos dos almas; un ente simple les parecía incapaz de tantas y tan súbitas variaciones, de una presunción tan desmesurada o un horrible abatimiento de corazón.

Todas estas contrariedades, que parecía que habían de serme motivo principal para alejarme de la religión, son, al revés, las que me han conducido a la religión verdadera.

Confieso, en cuanto a mí que, apenas la religión cristiana revela este principio: que la naturaleza de los hombres ha sido corrompida y caída, ya los ojos se abren y llegan a ver por toda partes señales elocuentes de esta verdad; porque la naturaleza es tal, que descubre en todas sus partes un Dios perdido en el hombre y fuera del hombre.

Sin estas divinas verdades ¿qué han podido hacer los hombres, sino elevarse en el sentimiento interior de

lo que les queda de grandeza pasada, o abatirse en vista de la debilidad presente? Porque, no viendo la verdad entera, no han podido llegar a la perfecta virtud. Considerando los unos la naturaleza como incorrupta, los otros como irreparable, no han podido huir del orgullo o de la pereza, que son la fuente de todos los vicios, puesto que no pueden hacer otra cosa sino abandonarse a la cobardía o crecerse en el orgullo. Sin estos divinos conocimientos, ¿qué hubieran podido hacer los hombres, sino elevarse en el sentimiento interior que les queda de su pasada grandeza o hundirse ante la visión de su presente flaqueza? Porque no viendo la verdad entera, no han podido llegar a una perfecta virtud. Los unos por considerar a la naturaleza como incorrupta, los otros como irreparable, no han podido evitar el orgullo o la pereza, que son las dos fuentes de todos los vicios, puesto que, si no, no pueden más que abandonarse por cobardía o erguirse por orgullo. Porque si conocían la excelencia del hombre, ignoraban la corrupción; de suerte que evitaban ciertamente la pereza, pero se perdían en la soberbia; y si reconocían la flaqueza de la naturaleza, ignoraban su dignidad: de suerte que podían evitar la vanidad, pero precipitándose en la desesperación. De aquí vienen las diversas sectas de los estoicos y de los epicúreos, de los dogmáticos y de los académicos, etc. Sólo la religión cristiana ha podido curar estos dos vicios, no expulsando el uno por el otro, por la sabiduría de la tierra, sino expulsando el uno y

el otro por la simplicidad del Evangelio. Porque enseña a los justos, que eleva hasta la participación de la divinidad misma, que en este sublime estado llevan todavía la fuente de toda la corrupción, que durante toda la vida les hace aptos al error, a la miseria, a la muerte, al pecado; y predica a los impíos que son capaces de la gracia de su Redentor. Así, haciendo temblar a los que justifica, y consolando a los que condena, tempera con tanta exactitud el temor con la esperanza, por esta doble capacidad, común a todos, de la gracia y del pecado, que rebaja infinitamente más que lo puede hacer la sola razón, pero sin desesperación; y eleva infinitamente el orgullo de la naturaleza, pero sin hinchazón: haciendo ver con ello que, siendo la única que está exenta de error y de vicio, sólo a ella incumbe instruir y corregir a los hombres.

¿Quién puede negarse, pues, a creer y a adorar estas luces celestiales? Pues ¿no es más claro que el día que sentimos en nosotros mismos caracteres indelebles de excelencia? ¿Y no es igualmente verdadero que experimentamos en todo momento los efectos de nuestra deplorable condición? ¿Qué es, pues, lo que proclama este caos y esta confusión monstruosa, sino la verdad de estos dos estados, con una voz tan potente que es imposible resistir?



No concebimos ni el estado glorioso de Adán, ni la naturaleza de su pecado, ni la transmisión de él a nosotros. Son cosas que han acontecido en el estado de una naturaleza completamente diferente de la nuestra y que sobrepujan al estado de nuestra capacidad presente. Para salir de él es inútil saber todo esto; lo único que nos importa conocer es que somos miserables, corrompidos, separados de Dios, pero rescatados por Jesucristo; y de lo cual tenemos pruebas admirables en la tierra. Así, las dos pruebas de la corrupción y de la redención se ven en los impíos, que viven en la indiferencia de la religión, y de los judíos, que son sus enemigos irreconciliables.



El cristianismo es extraño. Ordena al hombre reconocer que es vil y hasta abominable, y le ordena querer ser semejante a Dios. Sin tal contrapeso, esta elevación le haría horriblemente vano, o este rebajamiento le haría terriblemente abyecto.



La miseria trae la desesperación; el orgullo la presunción. La encarnación muestra al hombre su gran miseria, con lo grande del remedio que ha sido necesario.



No se encuentra en la religión cristiana, ni un rebajamiento que convierte en incapaces del bien, ni una santidad exenta de mal. No hay doctrina más propia del hombre que ésta, que le instruye de su doble capacidad de recibir y de perder la gracia, a causa del doble peligro a que está siempre expuesto, de desesperación y de orgullo.



Los filósofos no saben prescribir sentimientos proporcionados a los estados. Inspiran movimientos de grandeza pura, y éste no es el estado del hombre. Inspiran movimientos de bajeza pura, y éste no es el estado del hombre. Necesarios no son los movimientos de bajeza, sino de penitencia. No para permanecer en ellos, sino para ir a la grandeza. Necesarios son los movimientos de grandeza, no de mérito, sino de gracia, y después de haber pasado por la bajeza.



Nadie es tan dichoso como el verdadero cristiano, ni razonable ni virtuoso ni amable. ¡Con qué escaso orgullo un cristiano se cree unido a Dios! ¡Con qué poca abyección se iguala a los gusanos de la tierra!

Pensamientos diversos sobre la religión

El pirronismo es la verdad; porque, después de todo, los hombres, antes de Jesucristo, no sabían en dónde estaban, ni si eran grandes o pequeños. Y los que han dicho lo uno o lo otro, no sabían nada de ello y lo adivinaban sin razón y al azar, y aún puede decirse que erraban siempre excluyendo lo uno y lo otro.



La conducta de Dios, que dispone todas las cosas con dulzura, consiste en introducir la religión en el espíritu por razones. Coaccionar el corazón y el espíritu por la fuerza y las amenazas, no es introducir en ellos la religión, sino el terror. Empezad por compadecer a los incrédulos; bastante desgraciados son. Sólo convendría injuriarlos, si esto sirviese para algo; pero les perjudica.

Toda la fe consiste en Jesucristo y en Adán, y toda la moral en la concupiscencia.



El corazón tiene sus razones, que la razón no comprende: se ve esto en miles de cosas. Digo que el corazón ama

naturalmente al Ser universal, y se ama también naturalmente a sí mismo, si a ello se entrega; y se endurece entre lo uno o contra lo otro, según elige. Si habéis abandonado lo uno o lo otro ¿vuestro amor nacerá de la razón?

Es el corazón quien siente a Dios y no la razón. La fe es esto: Dios es sensible al corazón, no a la razón.



El mundo subsiste para ejercer misericordia y juicio; no como si los hombres estuviesen en él saliendo de las manos de Dios, sino como enemigos de Dios, a los cuales éste da, por gracia, luz bastante para volver si quieren buscarle y seguirle, pero suficiente para castigarles si ellos rehúsan buscarle o seguirle.



Cosa buena es estar cansado y fatigado de la inútil búsqueda del verdadero bien, a fin de tender los brazos al libertador. Los verdaderos cristianos obedecen a las locuras; pero no porque respeten las locuras, sino el orden de Dios, quien para castigo de los hombres les ha sujetado a estas locuras.

Hay pocos cristianos verdaderos, aún en lo que se refiere a la fe. Muchos creen, pero es por superstición; otros no creen, pero es por libertinaje. Pocos se encuentran entre ambos extremos.

Yo no comprendo en esto (en la superstición) a todos aquellos que se encuentran en la verdadera piedad de la costumbre, ni a todos aquellos que creen por un sentimiento del corazón.



Es una cosa deplorable ver a todos los hombres deliberar sobre los medios y no sobre el fin, cada uno cavila cómo se saldrá de su encargo; pero la condición y la patria no son dadas por la fortuna.



¡Dígase lo que se quiera, hay que confesar que en la religión cristiana se encuentra algo asombroso! Porque habéis nacido en ella, me diréis. Al contrario; por eso mismo, por miedo a que este prejuicio me venza, me he precavido contra ella. Pero, aunque en ella sea nacido, no dejo de encontrarla así.



La religión es una cosa tan grande, que es justo que los que no quieren tomarse la pena de buscarla, si ella fuese oscura, sean privados de ella. ¿Por qué esas quejas si para ellos es tal que, buscándola, puede ser encontrada? El orgullo contrapesa y hace desaparecer todas las mi-

serias. He aquí un extraño monstruo, y un bien visible desencaminamiento del hombre. Hele aquí caído de su sitio; y lo rebusca con inquietud.

Después de la corrupción, es justo que todos los que se encuentren en tal estado, lo conozcan, tanto los que se hallan a gusto en él, como a disgusto. Pero no es justo que todos vean la redención.



La dignidad del hombre consistía, cuando su estado de inocencia, en dominar sobre las criaturas, y en usar de ellas; pero hoy consiste en separarse y en someterse a ellas.



Hay de común entre la vida ordinaria de los hombres y la de los santos lo siguiente: que todos aspiran a la felicidad; y que no difieren, sino según el objeto en que la colocan. Y los unos y los otros llaman enemigos a los que les impiden alcanzarla. Es preciso juzgar de lo que es bueno o malo, según la voluntad de Dios, que no puede ser ni injusto ni ciego, y no por la nuestra, siempre llana de malicia y de error.



Debéis tomaros la pena de buscar la verdad. Porque si murieseis sin adorar el verdadero principio, estaríais perdidos. Pero, decís, si él hubiera querido que yo le adorase me habría dejado signos de su voluntad. Así lo ha dicho pero lo descuidáis. Buscadlos, al menos; vale la pena. Los ateos deberían decir cosas preferentemente claras. Y fuerza es haber perdido el buen sentido, para decir que es perfectamente claro que el alma sea mortal. Importa a todo en la vida saber si el alma es mortal o inmortal.



Dos clases de personas conocen a un solo Dios: las que tienen un corazón humillado y que aman la humildad, sea cual sea el grado del entendimiento que posean, alto o bajo; y los que tienen el bastante entendimiento para ver la verdad, cualquiera que sea la oposición que para ello encuentren.



Las condiciones más cómodas para vivir según el mundo, son las más difíciles para vivir según Dios; y al contrario, nada es tan difícil, según el mundo, como la vida religiosa; nada es más fácil que ésta, según Dios; nada es tan cómodo como estar en posesión de un gran empleo y grandes bienes según el mundo; nada

es más difícil que vivir en él según Dios y sin tomar en él parte y gusto.



Una persona me decía un día que experimentaba gran alegría y confianza al salir de la confesión; otra me decía que quedaba en temor. Yo pensaba sobre ello que juntando estos dos, se fabricaría uno bueno y que cada uno estaba falto de algo porque carecían del sentimiento del otro.



Como las dos fuentes de nuestros pecados son el orgullo y la pereza, Dios nos ha descubierto dos cualidades para él, para secarlas: su misericordia y su justicia. Lo propio de la justicia es abatir el orgullo, por santas que las obras sean *et non intret iudicium*; y lo propio de la misericordia es combatir la pereza invitando a las buenas obras. Y así, no sólo la misericordia no autoriza el relajamiento, sino que es, al contrario, la calidad que la combate fuertemente; de manera que, en lugar de decir: si no hubiese en Dios misericordia, sería preciso realizar toda clase de esfuerzo.



Un milagro, dice, afianzaría mi creencia. Se dice esto cuando el milagro no está presente. Las razones que, vistas desde lejos, parecen limitar la vista, no la limitan cuando se ha llegado hasta ella; se empieza a divisar algo más allá. Nada detiene la voluntad de nuestro espíritu.



La voluntad propia no se satisfaría jamás, aún cuando tuviese poder sobre todo lo que ella quiere; pero no se está satisfecho sino en el instante en que se renuncia a estas cosas. Con ella, no se puede quedar sino descontento; sin ella no se puede quedar sino contento.

La verdadera y única virtud consiste en aborrecerse, porque uno es digno de aborrecimiento por su concupiscencia y en buscar un ser verdaderamente amable, para amarle. Pero como nosotros no podemos amar aquello que está fuera de nosotros, fuerza a amar un ser que esté en nosotros y que, sin embargo, no seamos nosotros. Y no hay sino el Ser universal que sea tal. El reino de Dios está en nosotros (Luc., XVII, 21); el bien universal está en nosotros y no somos nosotros.



Es ser supersticioso colocar su esperanza en las formalidades; pero es ser soberbio el querer someterse a ellas.



Hay tres medios de creer: la razón, la costumbre y la inspiración. La religión cristiana, que posee, ella sola, la razón no admite como verdaderos hijos suyos a aquellos que creen sin inspiración; no es que ella excluya la razón y la costumbre, al contrario; es preciso abrir el espíritu a las pruebas y conformarse con la costumbre; pero hay también que ofrecerse, por las humillaciones, a las inspiraciones, a las inspiraciones, que pueden sólo producir el verdadero y saludable efecto.



Jamás se hace el mal tan plena y alegremente como cuando se hace por un falso principio de conciencia.



¿No es valeroso, por parte de un hombre moribundo, ir, en la debilidad y en la agonía, a afrontar un Dios todopoderoso y eterno?



Creo de buena gana las historias cuyos testigos se hacen degollar.



El buen temor viene de la fe; el falso temor viene de la duda. El buen temor trae la esperanza, porque nace de la fe, y porque se espera en el Dios en que se cree; la mala, lleva a la desesperación, porque se teme al Dios en quien no se tiene fe. Los unos temen perderle, los otros encontrarle.



Cuando queremos pensar en Dios ¿no hay nada que nos ligue y nos dé la tentación de pensar en otra cosa? Todo eso es malo y nacido con nosotros.



Es indudable que el alma es mortal o inmortal. Eso debe establecer una diferencia completa en la moral; y, sin embargo, los filósofos han conducido la moral independientemente de esto. El último acto es sangriento, por bella que sea la comedia en todo lo demás. Se echa al fin tierra sobre la cabeza y en paz.



La ley no ha destruido la naturaleza, sino que la ha instruido; la gracia no ha destruido la ley, sino que la hace ejercer. La verdad misma no es más que un ídolo fabricado. Porque la verdad sin la caridad no es Dios. Es su

imagen, y un ídolo que no debemos amar ni adorar; y aún menos debemos amar y adorar a un contrario, que es la mentira.



Las opiniones relajadas gustan tanto a los hombres que es caso extraño que las suyas disgusten. Porque ya han traspuesto todo límite. Y, luego, muchas gentes existen que ven el bien, pero no pueden alcanzarlo. Pero hay pocas que no sepan que la pureza de la religión es contraria a nuestras corrupciones. Ridículo es decir que una recompensa eterna es ofrecida a costumbres hipócritas.



Al verme condenado, he temido haber escrito mal; el ejemplo de tantos piadosos escrito me hace creer lo contrario. Ya no es permitido escribir buenamente, tan corrompida e ignorante es la inquisición.

Mejor es obedecer a Dios que a los hombres. Yo no temo nada; yo no espero nada; los obispos no son así. Port-Royal teme, y la separación es una mala política; porque sin ella, no temería y se haría temer.

El silencio es a mayor persecución. Pero los santos no callaron. Verdad que es necesaria vocación, pero no

es por disposiciones del consejo que la vocación puede conocerse; sino por la necesidad de hablar.



La naturaleza tiene perfecciones, para mostrar que es la imagen de Dios; y tiene defectos, para mostrar que ella no es sino la imagen.



Los hombres son tan necesariamente locos, que ser loco sería ser loco por otra manera de locura.



Quitad la probabilidad y no hay manera de gustarle al mundo; poned la probabilidad y no hay manera de desplacerle.



El ardor de los santos en buscar y practicar el bien será inútil, si la probabilidad es segura.



Para hacer de un hombre un santo es preciso que intervenga la gracia; y quien dude de ello no sabe lo que es un santo, ni lo que es un hombre.



Es grata la seguridad. Es grato que el Papa sea infalible en la fe, y que los doctores graves lo sean en sus costumbres, para lograr su aseguramiento.



Hay herejía en explicar siempre *omnes* de todos, y herejía en no explicarlo alguna vez de todos. *Bibite ex hoc omnes*: los hugonotes herejes, explicándola de todos. *In quo omnes peccaverunt*: los hugonotes, herejes, exceptuando los hijos de los fieles. Es preciso pues, seguir a los padres y a la tradición, puesto que hay herejía de una parte y de otra.



El menor movimiento importa a toda la naturaleza; el mar entero cambia por una piedra. Así, en la gracia, la menor acción importa por sus consecuencias en el todo. Todo, pues, es importante.



Para poder decir que el hombre es demasiado poco para merecer la comunicación de Dios, sería menester ser muy grande para juzgar de ello.



Es indigno de Dios juntarse con la humanidad miserable; pero no es indigno de Dios sacarla de la miseria.



Unidad, muchedumbre. Considerando la Iglesia como unidad, el Papa es el jefe, es como todo. Considerándolo como multitud, el Papa no es sino una parte. La multitud no se reduce a la unidad, es confusión, la unidad que no depende de la muchedumbre, es tiranía.



Dios no realiza milagros, en la conducta ordinaria de la Iglesia. Sería uno y extraño, que la infalibilidad estuviese en la unidad; pero, si está en la multitud, esto parece tan natural, que la conducta de Dios está oculta bajo la naturaleza, como en todas sus demás obras.



Si nada se debiera hacer, sino por lo cierto, nada se debería hacer por la religión; porque ella no es cierta. Pero ¡cuántas cosas no se realizan por lo incierto! Los viajes por mar, las batallas ... digo, pues, que no se podría hacer nada, absolutamente nada, porque nada es cierto. Hay más certidumbre en la religión que en la esperanza de que veamos el día de mañana; porque nada tiene de cierto que veamos mañana, el día de mañana; pero es ciertamente posible que no lo veamos. No se puede decir otro tanto de la religión; no es cierto que ella sea; pero ¿quién se atreverá a decir que es ciertamente posible que no sea? Y cuando se trabaje por el mañana y por lo incierto, se procede ciertamente con razón.



Las invenciones de los hombres van avanzando de siglo en siglo, la bondad y la malicia del mundo, son, en general, las mismas.



Es bueno tener un pensamiento escondido y juzgar por él, y hablar, sin embargo, como pueblo.



La fuerza es la reina del mundo y no la opinión; pero la opinión es la que usa de la fuerza.



El azar de los pensamientos, el azar los quita; no se conoce arte para conservarlos o para adquirirlos.



No se consulte la oreja, porque se está falto de corazón.



Los niños que se espantan de la cara que ellos mismos han embadurnado son niños. Pero, quien siendo niño es tan débil ¿podrá ser jamás muy fuerte? No hará sino cambiar de debilidad.



Incomprensible que Dios sea, e incomprensible que no sea; que el alma sea con el cuerpo, que tengamos alma, que el mundo sea creado, que no lo sea, etc.; que el pecado original sea y que no sea.



Ateísmo es señal de fuerza de entendimiento, pero solamente hasta cierto punto.



De todo lo que existe sobre la tierra, no toma (el buen cristiano) sino una parte de los desagradados, no de los placeres: ama a su prójimo, pero su caridad no se contiene dentro de estos límites y se esparce sobre sus enemigos y alcanza hasta los enemigos de Dios.

Conocimiento general del hombre

Contemplad el hombre, pues, la naturaleza entera en su elevada y plena majestad, aparte su vista de los objetos bajos que la circundan. Contemplad esta resplandeciente luz colocada como una lámpara eterna para alumbrar el universo, que la Tierra le parezca como un punto rodeado por la vasta órbita que este astro describe y que se asombre de que esta vasta órbita no es a su vez sino una fina punta respecto de la que abrazan los astros que ruedan por el firmamento. Pero si nuestra vista se detiene aquí, que la imaginación vaya más allá; antes se cansará ella de concebir que la naturaleza de suministrar. Todo este mundo visible no es sino un rasgo imperceptible en el amplio seno de la naturaleza. No hay idea ninguna que se aproxime a ella. Podemos dilatar cuanto queramos nuestras concepciones allende los espacios imaginables, no alumbraremos sino átomos, a costa de la realidad de las cosas. Es una esfera cuyo centro se halla por doquier y cuya circunferencia no se encuentra en ninguna parte. Finalmente, es la más grande nota sensible de la omnipotencia divina el que nuestra imaginación se pierda en este pensamiento.

Vuelto a sí mismo, considerad el hombre lo que es él a costa de lo que es; considérese perdido en este

cantón apartado de la naturaleza; y desde esta célula en que se halla alojado, me refiero al universo, aprenda a estimar la tierra, los reinos, las ciudades y a sí mismo en su justo precio. ¿Qué vale un hombre en el infinito?

Pero para presentarle otro prodigio igualmente sorprendente, buscad dentro de lo que conoce las cosas más delicadas. Que una larva le ofrezca en la pequeñez de su cuerpo partes incomparablemente menores, piernas con articulaciones, venas en sus piernas, sangre en sus venas, humores en esta sangre, gotas en sus humores, vapores en estas gotas; que, dividiendo todavía estas últimas cosas, agote sus fuerzas en estas concepciones y que el último objeto a que pueda llegar sea ahora el de nuestro discurso; ¿pensará tal vez que es ésta la extrema pequeñez de la naturaleza? Voy a hacerle ver aquí dentro un nuevo abismo. Voy a pintarle, no solamente el universo visible, sino la inmensidad concebible de la naturaleza, en el recinto de este compendio de átomos. Que vea en él una infinidad de universos, cada uno con su firmamento, sus planetas, su tierra, en la misma proporción que en el mundo visible, en esta tierra, animales, y finalmente larvas, en las cuales encontrará lo que han dado los anteriores; y al encontrar todavía en los otros la misma cosa sin fin y sin reposo, que se pierda en estas maravillas, tan pasmosas en su pequeñez como lo son las otras por su extensión; porque ¿quién no se admirará de que nuestro cuerpo, que antes no era perceptible en el universo, imperceptible en el seno del

todo, sea ahora un coloso, un mundo, o más bien un todo respecto de esa nada a que no se puede llegar?

Quien se considere de esta suerte, se aterrará de sí mismo, y considerándose sostenido en la masa que la naturaleza le ha otorgado, entre estos dos abismos del infinito y de la nada, temblará ante la visión de estas maravillas; y creo que su curiosidad se trocará en admiración y estará más dispuesto a contemplarlas en silencio que a investigarlas con presunción.

Porque, finalmente, ¿qué es el hombre en la naturaleza? Una nada frente al infinito, un todo frente a la nada, un medio entre nada y todo. Infinitamente alejado de comprender los extremos, el fin de las cosas y su principio le están invenciblemente ocultos en un secreto impenetrable, igualmente incapaz de ver la nada de donde ha sido sacado y el infinito en que se halla sumido.

¿Qué hará, pues, sino barruntar alguna apariencia del medio de las cosas, en una eterna desesperación por no conocer ni su principio ni su fin? Todas las cosas han salido de la nada y van llevadas hasta el infinito. ¿Quién podrá seguir estas sorprendentes andanzas? El autor de estas maravillas las comprende. Ningún otro puede hacerlo.

A falta de haber contemplado estos infinitos, los hombres se han lanzado temerariamente a la investigación de la naturaleza, como si fueran proporcionados a ésta. Es extraño que hayan querido comprender los principios de las cosas y llegar con ello hasta conocerlo todo, por una presunción tan infinita como su objeto.

Porque no hay duda ninguna que no se puede concebir este intento sin una presunción o sin una capacidad infinita, como la naturaleza.

Cuando se sabe esto, se comprende que habiendo la naturaleza grabado su imagen y la de su autor en todas las cosas, casi todas ellas tengan algo de su doble infinitud. Y vemos así que todas las ciencias son infinitas por la extensión de sus investigaciones; porque ¿quién duda de que la geometría, por ejemplo, tenga una infinidad de infinitudes de proposiciones que exponer?; son también infinitas en la multitud y delicadeza de sus principios; porque ¿quién no ve que aquellos que se presentan como últimos no se apoyan en sí mismos, y que, apoyados sobre otros, que tienen a su vez por apoyo a otros, no toleran jamás un último? Pero hacemos con los que aparecen últimos a la razón como con las cosas materiales, en las cuales llamamos punto invisible a aquel allende el cual nuestros sentidos no perciben nada, aunque divisible infinitamente y por su naturaleza.

De estos dos infinitos de ciencias, el de lo grande es mucho más sensible, y por esto es por lo que llego a poco menos que a pretender conocer todas las cosas. «Voy a hablar de todo», decía Demócrito. Pero la infinidad en pequeñez es mucho menos visible. Los filósofos han pretendido, sin embargo, llegar a ella, y es aquí donde todos han topado. Es lo que ha dado lugar a estos títulos tan corrientes: *De los principios de las cosas*, *De los principios de la filosofía*, y otros semejantes,

tan fastuosos en realidad, aunque menos en apariencia, que es este otro que hace saltar los ojos: *De omni scibili*.

Se cree, naturalmente, ser mucho más capaz de llegar al centro de las cosas que de abarcar su circunferencia; la extensión visible del mundo nos sobrepasa visiblemente; pero como somos nosotros los que sobrepasamos las cosas pequeñas, nos creemos más capaces de poseerlas, y, sin embargo, no hace falta menor capacidad para llegar hasta la nada que para llegar hasta el todo; y es menester tenerla infinita tanto para lo uno como para lo otro, y me parece que quien hubiera comprendido los últimos principios de las cosas podría llegar también a conocer hasta el infinito. Lo uno depende de lo otro, y lo uno conduce a lo otro. Estos extremos se tocan y se reúnen a fuerza de estar alejados, y se encuentran en Dios y solamente en Dios.

Reconozcamos, pues, nuestro alcance; somos algo y no somos todo; lo que tenemos de ser nos arrebató el conocimiento de los primeros principios que nacen de la nada; y lo poco que tenemos de ser nos oculta la visión del infinito.

Nuestra inteligencia posee, en el orden de las cosas inteligibles, el mismo rango que nuestro cuerpo en la extensión de la naturaleza.

Limitados en todos los sentidos, este estado que ocupa el medio entre los dos extremos se encuentra en todas nuestras potencias. Nuestros sentidos no se dan cuenta de nada extremo: demasiado ruido, ensordece;

demasiada luz, ofusca; demasiada distancia y demasiada proximidad, impiden la visión; demasiada longitud y demasiada brevedad en el discurso, lo oscurecen; demasiada verdad, nos pasma (conozco quienes no pueden entender que si se resta de cero cuatro, queda cero); los primeros principios tienen para nosotros demasiada evidencia, demasiado placer incómodo; demasiadas consonancias son desagradables en música; y demasiados beneficios irritan (...) No sentimos ni el calor extremo ni el frío extremo. Las cualidades excesivas nos son enemigas y no sensibles; no las sentimos ya, las padecemos. Demasiada juventud y demasiada vejez privan de espíritu, las cosas extremas son para nosotros como si no fueran, y nosotros tampoco somos respecto de ellas: nos escapan, o nosotros a ellas.

He aquí nuestro verdadero estado; es lo que nos hace incapaces de saber ciertamente y de ignorar absolutamente. Vagamos en un vasto medio, siempre inciertos y flotantes, empujados de un extremo a otro. Si damos con un término al que pensamos vincularnos y en que pensamos afianzarnos, titubea y nos abandona; y si lo seguimos, se nos escapa de las manos, se desliza y nos huye con una fuga eterna. Nada se detiene por nosotros.

Es el estado que nos es natural, y, sin embargo, el más contrario a nuestra inclinación; ardemos en deseos de encontrar una sede firme y una última base constante para edificar sobre ella una torre que se alce hasta el

infinito, pero todos nuestros cimientos se quiebran y la tierra se abre hasta los abismos.



Dos infinitos, término medio: Cuando se lee demasiado rápido o demasiado lentamente, no se entiende nada. Demasiado y demasiado poco vino: no le deis, no puede encontrar la verdad; dadle demasiado, lo mismo. La naturaleza nos ha colocado tan exactamente en el medio que, si cambiamos un lado de la balanza, cambiamos también el otro: *Je fesos, zôa trékei*. Esto me lleva a creer que hay en nuestra cabeza resortes de tal modo dispuestos, que quien toca uno toca también el contrario.

Grandeza del hombre

Censuro igualmente a los que toman el partido de ensalzar al hombre, y a los que toman el partido de censurarlo, y a los que toman el partido de divertirse; y sólo puedo aprobar a los que buscan gimiendo.



La naturaleza del hombre se considera en dos modos: uno, según su fin, y entonces el hombre es grande e incomparable; el otro, según la multitud, así como se juzga acerca de la naturaleza del caballo y del perro, por la multitud, por el hecho de ver en ellos la carrera *et animum arcendia*; y entonces el hombre es abyecto y vil. Tales son las dos vías que llevan a juicios tan diversos acerca del hombre y que tantas disputas engendran entre los filósofos.

Pues uno niega la suposición del otro; uno dice: No ha nacido para ese fin, pues todas sus acciones lo apartan de él; el otro dice: Se aleja de su fin cuando lleva a cabo esas bajas acciones.



Nuestra idea del alma del hombre es tan grande, que no podemos soportar ser despreciados y no ser estimados por un alma; y toda la felicidad de los hombres consiste en esta estima.



La grandeza del hombre es tan evidente, que hasta se extrae de su miseria. En efecto, lo que es naturaleza en los animales, lo llamamos miseria en el hombre; así reconocemos que, siendo ahora su naturaleza semejante a la de los animales, el hombre ha caído de una naturaleza mejor, le era propia. Pues, ¿quién es desdichado si no es rey, a no ser un rey desposeído? ¿Era desdichado Paulo Emilio porque no era ya cónsul? Por el contrario, todos advertían que estaba feliz por haberlo sido, ya que su condición no consistía en serlo siempre. Pero se encontraba a Perseo tan desdichado porque ya no era rey, ya que su condición consistía en serlo siempre, que parecía extraño que soportara la vida. ¿Quién es desdichado porque sólo tiene una boca? ¿Y quién no sería desdichado si sólo tuviera un ojo? Quizás a nadie le dio por afligirse de no tener tres ojos, pero no nos consolarnos de no tener ojos.



Aunque conozcamos todas las miseria que nos tocan, que nos aprietan el cuello, tenemos un instinto que no podemos reprimir, que nos eleva.



No se es miserable, si se carece de sentimiento. Una casa arruinada no lo es. Sólo el hombre es miserable. La grandeza del hombre es grande en cuanto se sabe miserable. Un árbol no se sabe miserable. Por lo tanto, saber (se) miserable es ser miserable; pero saber que se es miserable es ser grande. Todas esas miserias mismas prueban su grandeza. Son miserias del gran señor, miserias de un rey desposeído.



Puesto que la miseria se infiere de la grandeza, y la grandeza de la miseria, unos han inferido de la miseria tanto más cuanto la han tomado como prueba de la grandeza, y los otros, porque han inferido la grandeza con tanta mayor fuerza cuanto la han inferido de la miseria misma, todo lo que unos han podido decir para mostrar la grandeza sólo ha servido de argumento a los otros para inferir la miseria, ya que se es tanto más miserable cuanto de más alto se ha caído; y los otros, al revés. Unos tras otros son llevados por un círculo sin fin: en efecto, es cierto que, a medida que aumentan las luces

de los hombres, encuentran tanta grandeza como miseria en el hombre. En una palabra, el hombre sabe que es miserable: por lo tanto, es miserable, puesto que lo es; pero el hombre es muy grande, puesto que lo sabe.



Puedo concebir fácilmente un hombre sin manos, sin pies, sin cabeza (en efecto, sólo la experiencia nos enseña que la cabeza es más necesaria que los pies). Pero no puedo concebir al hombre sin pensamiento: sería una piedra o un animal.



No debo buscar mi dignidad sobre la base del espacio, sino de la regulación de mi pensamiento. Más no tendré si poseo tierras: por el espacio, el universo me comprende y me absorbe como un punto; por el pensamiento, yo lo comprendo.



El hombre no es más que un junco, el más débil de la naturaleza; pero es un junco pensante. No es necesario que el universo entero se arme para aplastarlo: un vapor, una gota de agua basta para matarlo. Pero, aún cuando el universo lo aniquilara, el hombre sería toda-

vía más noble que lo que lo mata, porque él sabe que muere y conoce la ventaja que el universo tiene sobre él; el universo no sabe nada. Toda nuestra dignidad consiste, pues, en el pensamiento. Por éste debemos dignificarnos, y no por el espacio y la duración, que no podríamos llenar. Por lo tanto, esforcémonos en pensar bien he aquí el principio, de la moral.



Toda la dignidad del hombre consiste en el pensamiento. Pero ¿qué es este pensamiento? ¡Qué tonto es! El pensamiento es, por lo tanto, algo admirable e incomparable por su naturaleza. Era necesario que tuviera extraños defectos para ser despreciable; los tiene de tal clase que no hay nada más ridículo. ¡Qué grande por su naturaleza! ¡Qué bajo por sus defectos!



Evidentemente, el hombre está hecho para pensar; en esto reside toda su dignidad y todo su mérito; y todo su deber consiste en pensar como es debido. Pues bien, el orden del pensamiento es comenzar por sí, y por su autor y su fin. En cambio, ¿en qué piensa el mundo? Nunca en eso, sino en bailar, en tocar el laúd, en cantar, en componer versos, en jugar a la sortija, etc., en combatir, en hacerse rey, sin pensar qué significa ser rey, y qué ser hombre.

Es peligroso mostrarle demasiado al hombre cuánto se parece a los animales, sin mostrarle al mismo tiempo su grandeza. Es peligroso también mostrarle demasiado su grandeza, sin su flaqueza. Es aún más peligroso dejarle ignorar lo uno y lo otro. Pero es muy ventajoso ponerlo en presencia de ambos. El hombre no debe creerse igual a los animales, ni a los ángeles, ni debe ignorar una cosa o la otra: es necesario que las sepa ambas.



Estímese ahora el hombre a su justo precio. Ámese, puesto que hay en él una naturaleza capaz del bien; pero no por eso ame las bajezas que hay en él. Despréciese, porque esa capacidad está vacía; pero no desprecie por eso esa capacidad natural. Ódiese, ámese: tiene en sí mismo la capacidad de conocer la verdad y de ser feliz; pero no tiene ninguna verdad que sea constante o satisfactoria. Por lo tanto, yo querría ir guiando al hombre para que deseara encontrar una que así lo fuera, para que estuviera preparado (y despojado de las pasiones) y pudiera seguirla donde la encontrara, sabiendo de qué modo su conocimiento ha quedado oscurecido por las pasiones; yo querría que él odiara en sí mismo la concupiscencia que lo determina, para que esta concupiscencia no lo enceguciera al llevar a cabo su elección y no lo detuviera después de haber elegido.

Vanidad del hombre, imaginación, amor propio

Vanidad. - Que algo tan evidente como la vanidad del mundo sea tan poco conocido que resulte extraño y sorprendente decir que es una tontería buscar los títulos de grandeza: ¡es admirable!



El orgullo es contrapeso de todas las miserias y las supera. Extraño monstruo, y extravía muy visible. Vedlo caído de su puesto, lo busca con inquietud. Todos los hombres lo hacen. Veamos quién lo ha encontrado.



La vanidad está tan arraigada en el corazón del hombre, que un soldado, un granuja, un cocinero, un mozo de cordel se alaba a sí mismo y quiere tener sus admiradores; los quieren hasta los mismos filósofos; y quienes escriben en contra quieren tener la gloria de haber escrito bien y quienes los leen quieren tener la gloria de haberlos leído; y yo mismo, que escribo esto, tengo quizás este deseo; y quizás quienes lo lean.



Somos tan presumidos que querríamos ser conocidos en toda la tierra, y aún por las gentes que vendrán cuando ya no existamos; y somos tan vanos que la estima de cinco o seis personas que nos rodea nos regocija y nos contenta.



Curiosidad: sólo vanidad. Las más de las veces, sólo se quiere saber algo para hablar de ello. De otro modo, no se viajaría por el mar, para no decir nunca nada de él, y por el exclusivo placer de ver, sin la esperanza de comunicar algo alguna vez.



No nos preocupamos por ser estimados en las ciudades en las que estamos de paso. Pero eso nos preocupa cuando en ellas debemos quedar algún tiempo. ¿Cuánto tiempo? Un tiempo en proporción a nuestra duración vana y menguada.



Quien quiera conocer plenamente la vanidad del hombre sólo tiene que considerar las causas y los efectos del amor. La causa es *no sé qué*, los efectos son aterradores. Ese *no sé qué*, tan poca cosa que no se lo puede recono-

cer, conmueve toda la tierra, príncipes, armas, el mundo entero. La nariz de Cleopatra: si hubiese sido un poco más corta, habría cambiado toda la faz de la tierra.



¡Qué una cosa tan visible como la vanidad del mundo esté tan oculta! ¡Que sea algo extraño y sorprendente decir que es una necedad buscar grandezas! ¡Esto es admirable!



Amor propio: La naturaleza del amor propio y de ese yo humano consiste en amarse y en considerarse solamente a sí mismo. Pero, ¿qué hará? No puede impedir que el objeto que ama no esté lleno de defectos y de miserias: quiere ser grande, y se encuentra pequeño; quiere ser feliz, y se encuentra desdichado; quiere ser perfecto, y se encuentra lleno de imperfecciones; quiere ser objeto del amor y de la estima de los hombres, y encuentra que sus defectos sólo merecen la aversión y el desprecio de ellos. Esta perplejidad en la que se encuentra produce en él la pasión más injusta y criminal que sea posible imaginar: concibe un odio mortal contra esa verdad que lo reprende y que lo convence de sus defectos. Desearía aniquilarla, y, porque no puede destruirla en ella misma, la destruye cuanto puede en su conocimiento y

en el de los otros; o sea, que se dedica cuidadosamente a encubrir sus defectos tanto para sí mismo cuanto para los otros, y que no puede soportar que se los hagan ver ni que los vean. Sin duda, es una desgracia estar lleno de defectos; pero es una desgracia mayor estar lleno de defectos y no querer reconocerlos, puesto que, en tal caso, se agrega el defecto de una ilusión voluntaria. No queremos que los otros nos engañen; no nos parece justo que pretendan ser estimados por nosotros más de lo que merecen: por lo tanto, no es tampoco justo que nosotros los engañemos y que pretendamos que ellos nos estimen más de lo que merecemos.

Así, cuando no descubren más que las imperfecciones y los vicios que en realidad tenemos, es evidente que no nos agravian, puesto que no son ellos la causa de esto, sino que nos hacen un bien, puesto que nos ayudan a librarnos de un mal, la ignorancia de esas imperfecciones. No nos debe enfadar el que las conozcan y nos desprecien, pues es justo no sólo que nos conozcan por lo que somos sino también que nos desprecien, si somos despreciables. Tales son los sentimientos que nacerían de un corazón que estuviera lleno de equidad y de justicia. ¿Qué debemos, en cambio, decir del nuestro, en el que encontramos una tendencia totalmente opuesta? Pues ¿no es verdad que odiamos la verdad y a quienes nos la dicen, que nos gusta que los otros se engañen en favor nuestro y que pretendemos que nos estimen distintos de lo que somos en realidad? He aquí

una prueba que me horripila. La religión católica no nos obliga a descubrir los pecados indiferentemente a todo el mundo y permite que mantengamos el secreto ante los otros hombres; pero exceptúa a uno solo, y a éste ella ordena que le descubramos el fondo de nuestro corazón y que nos mostremos tales como somos. Ella nos ordena desengañar sólo a este hombre, y lo obliga a un secreto inviolable, por el cual este conocimiento está en él como si no estuviera. ¿Hay algo más caritativo y más suave? Sin embargo, la corrupción del hombre es tal que encuentra dureza hasta en esta ley. Es ésta una de las principales razones por las cuales se rebeló contra la Iglesia gran parte de Europa.

¡Cuán injusto e irrazonable el corazón del hombre, que encuentra mal que lo obliguen a hacer con uno lo que sería justo, en cierto modo, que hiciera con todos! ¿Acaso es justo que engañemos a los hombres? Hay diferentes grados en esa aversión por la verdad, pero se puede afirmar que, en algún grado, ella existe en todos, porque es inseparable del amor propio. A ella se debe esa mala delicadeza que obliga a los que se encuentran en la necesidad de reprender, a elegir tantos desvíos y a usar tantos paños tibios para no herir a los otros. Tienen que disminuir nuestros defectos, dar la impresión de que los excusan, intercalar elogios y testimonios de afecto y de estima. A pesar de todo esto, tal remedio no deja de ser amargo para el amor propio. Lo toma lo menos que puede, y siempre a disgusto, y

a menudo también con un disimulado despecho hacia quienes se lo presentan. De ello resulta que si alguien tiene interés en ser amado por nosotros, se priva de hacernos ese servicio, porque sabe que es desagradable para nosotros. Nos tratan como queremos ser tratados: odiamos la verdad, nos la esconden; queremos que nos halaguen, nos halagan; nos gusta que nos engañen, nos engañan. A ello se debe que cada grado de buena suerte que nos eleva en el mundo nos aleja un grado más de la verdad, porque se teme más herir a aquellos cuya estima es más útil y cuya aversión es más peligrosa. Un príncipe es la risa de toda Europa: él es el único que no sabe nada. No me asombra: decir la verdad es útil para aquél a quien se la dicen, pero desventajoso para quienes la dicen, porque se hacen odiar. Y los que viven con los príncipes prefieren sus intereses al del príncipe que sirven; por ello, no se les ocurre procurarle un bien que les resulta nocivo a ellos mismos. Esta desdicha es, sin duda, mayor y más frecuente en las altas posiciones; pero las inferiores no están exentas de ella, porque hay siempre algún interés en hacerse amar de los hombres. Así, la vida humana no es más que una ilusión perpetua; nos dedicamos exclusivamente a interengañarnos y a interhalagarnos. Nadie habla de nosotros en nuestra presencia del mismo modo como habla en nuestra ausencia. La unión que existe entre los hombres sólo está fundada sobre este mutuo engaño; pocas amistades subsistirían si cada uno supiera lo que su amigo dice de

él cuando está ausente, aunque hable entonces sincera y desapasionadamente. Así pues, el hombre sólo es disfraz, mentira, hipocresía, tanto en sí mismo como para los otros. No quiere que se le diga la verdad trata de no decirla a los otros; y todas estas inclinaciones, tan alejadas de la justicia y de la razón, tienen una raíz natural en su corazón.



Imaginación: Esa parte dominante en el hombre, esa maestra de error y de falsedad, tanto más bribona cuanto no lo es siempre: pues sería regla infalible de verdad, si fuera regla infalible de mentira. Pero, por más que es generalmente falsa, no suministra señal alguna de su cualidad e indica con el mismo carácter lo verdadero y lo falso. No hablo de los locos, sino de los cuerdos; entre éstos, la imaginación posee el gran don de persuadir a los hombres. La razón grita en vano: ella no puede poner el precio a las cosas. Esa potencia orgullosa, enemiga de la razón, a la que le place controlar y dominar, estableció en el hombre, para mostrar su poder en todos los aspectos, una segunda naturaleza. Ella tiene sus dichosos, sus desdichados, sus sanos, sus enfermos, sus ricos, sus pobres; ella hace que se crea, que se dude, que se niegue la razón; ella suspende los sentidos, o los hace sentir; ella tiene sus locos y sus cuerdos, y nada nos causa

mayor despecho que el hecho de que ella llena a sus huéspedes de una satisfacción mucho más plena y total que la razón. Los que son hábiles por imaginación quedan contentos de sí mismos más que los prudentes de por razón. Miran imperiosamente a los hombres; discuten con atrevimiento y confianza; los otros con temor y desconfianza: ese regocijo en el rostro les concede a menudo ventaja en la opinión de los que los escuchan; tan grande es el predicamento de los sabios imaginarios ante jueces de la misma naturaleza. La imaginación no puede hacer cuerdos a los locos, pero los hace felices, a despecho de la razón que sólo puede hacer desdichados a sus amigos: porque la primera los cubre de gloria, la segunda de vergüenza. ¿Quién dispensa reputación? ¿Quién concede respeto y veneración a las personas, a las obras, a las leyes, a los grandes, a no ser esa facultad imaginante? ¿Cuán insuficientes todas las riquezas del mundo sin su consentimiento! ¿No diríais que este magistrado, cuya vejez venerable impone respeto a todo un pueblo, se gobierna de acuerdo con una razón pura y sublime, y juzga las cosas de acuerdo con su naturaleza, sin fijarse en esas vanas circunstancias, que sólo atraen la imaginación de los débiles? Vedlo asistir a un sermón, al que viene con un fervor devoto, reforzando la solidez de su razón con el ardor de su caridad.

Está listo para oírlo con respeto ejemplar. Aparece el predicador: si la naturaleza le ha dado una voz ronca

y una cara rara, si su barbero lo afeitó mal, si además la casualidad lo pintorreó, por más grandes verdades que anuncie, apuesto a que nuestro senador pierde la gravedad. El filósofo más grande del mundo, sobre una tabla más ancha de lo necesario: si hay debajo un precipicio, por más que la razón lo convenza de su seguridad, la imaginación prevalecerá. Muchos no podrían resistir este pensamiento sin palidecer y sin sudar. No quiero enumerar todos sus efectos. ¿Quién ignora que la vista de gatos, de ratas, de un carbón que se aplasta, etc., desgozna la razón? El tono de la voz se impone a los más sabios, y cambia obligadamente un discurso o un poema. El afecto o el odio cambian la faz de la justicia. ¡Cuánto más justa le parece a un abogado la causa que defiende si ha sido pagado bien y por anticipado! ¡De qué modo su gesto atrevido la hace parecer mejor a los jueces, engañados por esa apariencia! ¡Divertida razón, la que un viento maneja, y en todo sentido! Enumeraría casi todas las acciones de los hombres, los cuales casi no se mueven sino por los sacudones de la imaginación. Pues la razón se ha visto obligada a ceder, y aun el más sabio considera principios suyos los que la imaginación de los hombres ha introducido en cada lugar. Loco sería quien sólo quisiera seguir a la razón... de acuerdo con el juicio de la mayor parte de los hombres. Puesto que es así, hay que esforzarse todo el día por bienes que se reconocen como imaginarios, y, cuando el sueño nos ha descansado de las fatigas de nuestra razón, al instan-

te hay que levantarse sobresaltados para correr tras el humo y experimentar las impresiones de esa dueña del mundo. Es éste uno de los principios de error, pero no es el único.



Nuestros magistrados conocieron bien ese misterio. Sus togas rojas, sus armiños, con los cuales se envuelven como gatos enfundados, los palacios donde juzgan, las lises, todo este aparato augusto era muy necesario; y si los médicos no tuvieran sotanas y chapines, si los doctores no tuvieran tocas y togas demasiado amplias de cuatro partes, nunca habrían engañado al mundo, que no puede resistir a una exhibición tan auténtica. Si aquéllos tuvieran la verdad y la justicia y si los médicos tuvieran el verdadero arte de curar, no necesitarían tocas; la majestad de estas ciencias sería por sí misma bastante venerable. Pero, porque sólo tienen ciencias imaginarias, es necesario que recurran a esos vanos instrumentos que hieren la imaginación, con la cual se relacionan; y por ello, efectivamente, consiguen el respeto. Sólo los militares no están disfrazados de ese modo, porque, en efecto, su función es más esencial: ellos se establecen por la fuerza, mientras que los otros por la mueca. Por la misma razón, nuestros reyes no han buscado esos disfraces. No se han cubierto de vestidos extraordinarios para parecer tales; pero se hacen acompañar de guardias, de alabardas, de tropas armadas

que sólo tienen manos y dientes para ellos. Las trompetas y los tambores que marchan delante, y esas legiones que los rodean, hacen temblar a los más firmes. No sólo tienen el hábito: tienen la fuerza. Sería necesario tener una razón muy depurada para contemplar como a un hombre cualquiera, como a otro hombre, al Gran Señor rodeado, en su estupendo serrallo, de cuarenta mil genizaros. No podemos dejar de ver a un ahogado con sotana y gorro en la cabeza, sin tener una opinión favorable de su mérito. La imaginación dispone de todo; ella hace la belleza, la justicia, y la felicidad, que es todo en el mundo. Me gustaría con todo corazón ver el libro italiano, del cual sólo conozco el título, pero éste vale por muchos libros: *Della opinione regina del mondo*. Estoy de acuerdo con él, sin conocerlo, salvo en lo que contenga de malo, si lo hay. Tales son aproximadamente los efectos de esa facultad engañadora que parece habernos sido dada expresamente para inducirnos en un error necesario. También tenemos de éste otros principios. Las impresiones viejas no son las únicas capaces de engañarnos: los encantos de la novedad tienen el mismo poder. De esto provienen todas las disputas de los hombres, que se echan en cara seguir las falsas impresiones de su infancia o correr temerariamente tras las nuevas. ¿Quién se mantiene en el justo medio? Que aparezca, y que lo pruebe. No hay principio, por natural que pueda ser, aun desde la infancia, que no se pueda hacer pasar por una falsa impresión, sea de la educación, sea de los sentidos. Se dice: Porque habéis creído desde la

infancia que un cofre está vacío cuando en él nada veis, habéis creído que el vacío es posible. Es una ilusión de vuestros sentidos que el hábito fortalece, pero que la ciencia debe corregir. Y otros dicen: Porque os dijeron en la escuela que el vacío no existe, han corrompido vuestro sentido común, que lo comprendía tan claramente antes de esa mala impresión; ésta debe ser corregida recurriendo a vuestra primera naturaleza. ¿Quién ha engañado, pues? ¿Los sentidos o la educación? Tenemos otro principio de error: las enfermedades. Ellas nos gastan el juicio y la sensibilidad. Si las graves los alteran notablemente, no dudo de que las leves los afecten proporcionalmente. Nuestro propio interés es también un instrumento maravilloso para reventarnos los ojos agradablemente. No es posible que un hombre, aún el más equitativo del mundo, sea juez en su propia causa; sé de quienes, para no caer en este amor propio, han sido los más injustos a contrasiego: medio seguro de perder un asunto justo era hacerlo recomendar por sus parientes cercanos. La justicia y la verdad son dos puntos tan sutiles, que nuestros instrumentos resultan demasiado romos para tocarlos exactamente. Si lo consiguen, aplastan el punto y apoyan alrededor, más sobre lo falso que sobre lo verdadero. Por lo tanto, el hombre está fabricado tan perfectamente que no tiene ningún principio justo de lo verdadero y muchos excelentes de lo falso. Veamos ahora cuánto... Pero la causa más graciosa de tales errores es la guerra que se entabla entre los sentidos y la razón.

Debilidad del hombre. Incertidumbre de sus conocimientos naturales

El hombre no es más que un ser lleno de error, error natural e indeleble sin la gracia. Nada le señala la verdad. Todo lo engaña; estos dos principios de verdades, la razón y los sentidos, no sólo carecen ambos de sinceridad, sino que se engañan recíprocamente el uno al otro. Los sentidos engañan a la razón con falsas apariencias; y esta misma estafa que hacen a la razón la sufren a su vez de ésta: es su desquite. Las pasiones del alma perturban los sentidos y les provocan falsas impresiones. Estos mienten y se equivocan a porfía.



Lo que más me asombra es ver que todo el mundo no está asombrado de su debilidad. Actúa en serio, y cada uno se pone en su situación, no porque convenga efectivamente ponerse en ella, puesto que la moda es tal, sino como si cada uno supiera con certeza dónde está la razón y la justicia. Nos encontramos decepcionados en todo momento; y, por una divertida humildad, creemos que es culpa nuestra, y no del arte, que siempre

nos jactamos de poseer. Pero conviene que haya en el mundo tantas personas como ésas, que no sean pirrónicas, para la gloria del pirronismo, con el fin de mostrar que el hombre es muy capaz de las opiniones más extravagantes, puesto que es capaz de creer que no se halla en esa debilidad natural e inevitable, y de creer, por el contrario, que se halla en la sabiduría natural.



El espíritu de ese juez soberano del mundo no es tan independiente que no esté sujeto a perturbaciones por la primera batahola que ocurra a su alrededor. No es necesario el ruido de un cañón para impedir sus pensamientos: basta el ruido de una veleta o de una polea. No os asombréis si ahora no razona: una mosca zumba a sus oídos; esto basta para volverlo incapaz de un buen designio. Si queréis que pueda encontrar la verdad, espantad a ese animal que pone en jaque a su razón y perturba esa poderosa inteligencia que gobierna las ciudades y los reinos. ¡Ridículo dios! o *ridicolississimo eroe!*



¡Qué difícil proponer una cosa al juicio de otro, sin comprometer su juicio por la manera como se la propone! Si decimos: “Me parece hermoso; lo encuentro oscuro o

algo parecido, arrastramos la imaginación hacia este parecer, o la irritamos arrastrándola hacia el parecer contrario. Más vale no decir nada, y entonces él juzga de acuerdo con lo que es él mismo, o sea, de acuerdo con lo que él es entonces y de acuerdo con lo que las otras circunstancias que no reconocen autor hayan puesto en él. Pero, por lo menos, nosotros no habremos puesto nada; a no ser que este silencio no produzca también su efecto, por el sentido y la interpretación que él podrá darle, o por lo que conjeture a partir de los movimientos: y del aspecto del rostro o del tono de la voz, si es fisonomista: ¡A tal punto es difícil no desmontar un juicio de su asiento natural, o más bien a tal punto es éste poco firme y estable.



El asunto más importante para toda la vida es la elección de la profesión: lo dispone el azar. La costumbre hace a los albañiles, a los soldados, a los techadores. “Es un excelente techador se dice; y, hablando de los soldados: “Son unos locos”, se dice; otros, por el contrario: “Nada mejor que la guerra; los demás hombres son unos pícaros.” Elegimos a fuerza de oír alabar en la infancia estas profesiones, y despreciar todas las otras; pues naturalmente amamos la virtud y odiamos la locura; esas palabras nos afectan: sólo pecamos en la aplicación. Tan grande es la fuerza de la costumbre que, con

aquellos que la naturaleza hizo hombres y nada más que hombres, nosotros hacemos todas las condiciones de los hombres. Pues hay países donde todos son albañiles, otros donde todos son soldados, etc. Sin duda, la naturaleza no es tan uniforme. Ello se debe a la costumbre, que constriñe a la naturaleza; pero, a veces, la naturaleza la supera y retiene al hombre en su instinto, a pesar de toda costumbre, sea buena o sea mala.



No nos situamos nunca en el tiempo presente. Anticipamos el porvenir como si llegara demasiado lentamente, como para apresurar su curso; o recordamos el pasado, para detenerlo por ser demasiado rápido: tan imprudentes, que erramos por tiempos que no son los nuestros y no pensamos en el único que nos pertenece, y tan vanos, que nos ocupamos de los que ya no son nada y dejamos escapar sin reflexión el único que subsiste. Ello se debe a que, generalmente, el presente nos hiere. Lo apartamos de nuestra vista, porque nos lastima; en cambio, si nos resulta agradable, nos lamentamos al ver que se nos escapa. Tratamos de sostenerlo mediante el porvenir, y pensamos disponer las cosas que no están en nuestro poder para un tiempo al que no tenemos ninguna seguridad de llegar. Examine cada uno sus pensamientos: encontrará que todos están ocupados por el pasado o por el porvenir. Casi no

pensamos en el presente; y, si pensamos, sólo lo hacemos buscando en él una luz para disponer el porvenir. El presente nunca es nuestra finalidad: el pasado y el presente son nuestros medios; sólo el porvenir es nuestro fin. Así pues, no vivimos nunca, sino que esperamos vivir; y, porque siempre nos estamos disponiendo a ser felices, es inevitable que no lo seamos nunca.



Nuestra imaginación nos hincha de tal manera el tiempo presente, a fuerza de hacer reflexiones continuas y aminora de tal modo la eternidad, por falta de pensar en ella, que nos hacemos de la eternidad una nada, y de la nada una eternidad; y todo esto tiene raíces tan vivas en nosotros que toda nuestra razón no puede impedirlo.



Cromwell estaba por asolar toda la cristiandad, la familia real estaba perdida, y la suya para siempre poderosa, sin un granito de arena que se metió en su uretra. La misma Roma iba a temblar ante él; pero, porque ese casquijo se puso allí, él murió, su familia cayó, todo volvió a estar en paz y el rey fue restablecido.



Hay una diferencia universal y esencial entre las acciones de la voluntad y todas las otras. La voluntad es uno de los órganos principales de la creencia: no porque ella forme la creencia, sino porque las cosas son verdaderas o falsas de acuerdo con el lado por el que se miren. La voluntad que se complace más en uno que en otro, aparta al espíritu de la consideración de las cualidades de los que no le gusta ver; así el espíritu, marchando de consuno con la voluntad, se fija en el lado que le gusta, y así juzga de las cosas por lo que en ellas ve.



La imaginación hincha los pequeños objetos hasta llenar nuestra alma de una fantástica estimación por ellos; y por una insolencia temeraria, hincha los grandes hasta su medida y así hace cuando habla Dios.



Si soñáramos todas las noches con la misma cosa, ésta nos afectaría tanto como los objetos que vemos todos los días. Y si un artesano estuviera seguro de soñar todas las noches, durante doce horas, que es rey, yo creo que sería casi tan feliz como un rey que soñara todas las noches, durante doce horas, que es artesano. Si soñáramos todas las noches que nos persiguen enemigos y estuviéramos perturbados por tales fantasmas penosos, y si pa-

sáramos todos los días en diversas ocupaciones, como cuando se viaja, sufriríamos casi tanto como si eso fuera verdad, y temeríamos, el sueño como se teme el despertar cuando nos espanta pasar realmente por tales desdichas. Y realmente serían casi los mismos males que en la realidad. Pero, porque los sueños son todos diferentes y porque un mismo sueño se diversifica, lo que en ellos se ve afecta mucho menos que lo que se ve en la vigilia, a causa de la continuidad, la cual, sin embargo, no es tan continua y tan igual que no cambia también, pero menos bruscamente, a no ser rara vez, como cuando se viaja; y entonces se dice: Me parece que sueño; pues la vida es un sueño un poco menos inconstante.



Suponemos que todos conciben y sienten de la misma manera; pero lo suponemos muy gratuitamente, pues no tenemos de ello ninguna prueba. Advierto, en verdad, que se aplican esas palabras a las mismas ocasiones y que, siempre que dos hombres ven que un cuerpo cambia de lugar, expresan los dos lo que han visto de ese mismo objeto con la misma palabra, diciendo, el uno y el otro, que se ha movido, y de esta conformidad de aplicación extraemos una poderosa conjetura de una conformidad de ideas; pero esto no convence del todo, con la última convicción, aunque se puede apostar con buena probabilidad por la afirmativa, puesto

que sabemos que a menudo se extraen las mismas consecuencias de suposiciones diferentes. Esto basta para oscurecer, por lo menos, el asunto, no porque apague del todo la luz natural que nos asegura de las cosas (los académicos habrían apostado), sino porque la empaña y perturba a los dogmáticos.



Cuando vemos un resultado producirse siempre de la misma manera, concluimos que hay una necesidad natural, como que mañana será otro día, etc.; pero a menudo la naturaleza nos desmiente no sujetándose a nuestras reglas.

La miseria del hombre

Es más fácil soportar la muerte sin pensar en ella, que el pensamiento de la muerte sin peligro.



Si un hombre fuese dichoso, lo sería tanto más cuanto menos se hubiese divertido, como los santos y Dios. Sí; pero ¿no es ser dichoso poder ser regocijado por la diversión? No; porque ella viene de otra parte y de fuera, y así es dependiente, y está sujeta a mil turbaciones por los accidentes que hacen que las aplicaciones sean inevitables.



Condición del hombre: inconstancia, fastidio, inquietud.



Muy vano también quien no ve la vanidad del mundo. Así pues, ¿quién no la ve, salvo los jóvenes que están en el bullicio, en la diversión, en el pensamiento del porvenir? Pero, quitadles la diversión, y los veréis secarse por el tedio; sienten entonces su nada, sin conocerla:

en efecto, es una verdadera desdicha el encontrarnos en una tristeza insoportable tan pronto como nos vemos obligados a considerarnos y a no tener diversión que nos aparte de esto.



Si nuestra condición fuera verdaderamente feliz, no nos sería preciso divertirnos para ser dichosos. Poca cosa nos consuela, porque poca cosa nos aflige.



Nada tan insoportable para el hombre como estar en reposo total, sin pasiones, sin asuntos, sin diversiones, sin empleos. Entonces siente su nada, su abandono, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia, su vacío. Al instante extraerá del fondo de su alma el tedio, la negrura, la tristeza, el pesar, el despecho, la desesperación.



Cuando el soldado se queja de sus trabajos, o un labrador, etcétera, que les pongan a no hacer nada.



Filósofos: ¡Brava hazaña, clamar a un hombre que no se conoce que vaya de sí mismo a Dios! ¡Brava cosa también, decirle a un hombre que se conoce!



Como la naturaleza nos vuelve siempre desgraciados en cualquiera situación, nuestros deseos nos figuran un estado dichoso, porque juntan al estado en que nos encontramos; y, cuando llegamos a estos placeres, no nos encontraríamos más adelantados con esto, porque tendríamos otros deseos.

Cada cual examine sus pensamientos, y los encontrará siempre ocupados en lo pasado o en lo porvenir. Casi no pensamos en lo presente; y si pensamos, es solamente para tomar de él claridades para ordenar el porvenir. Así no vivimos jamás, pero esperamos vivir; y disponiéndonos siempre a ser dichosos, es inevitable que no lo seamos nunca.



Los hombres, que no han podido curar la muerte, la miseria, la ignorancia, han caído en la cuenta, para conseguir la felicidad, de no pensar en ello. En todo lo que saben inventar, para consolarse de tantos males. Pero es una desdichada consolación pues va, no a curar el mal sino a ocultarlo simplemente por un cierto tiempo, con

lo cual se piensa menos en curarlo de veras. Así, por un extraño cambio en la naturaleza del hombre, es el aburrimiento en cierta manera su mayor bien, porque puede contribuir más que todas las cosas a hacerle buscar la verdadera curación; mientras que él considera la diversión como su mayor bien, es en realidad su mayor mal porque le aleja, más que nada, de buscar un remedio a sus males. El uno y el otro son la prueba admirable de la miseria y de la corrupción del hombre y, a la vez, de su grandeza, puesto que el hombre se fastidia de todo y no busca esta multitud de ocupaciones sino porque tiene idea de la felicidad que ha perdido; y que ya no encontrando en sí mismo, trata de encontrarla vanamente en las cosas exteriores.

Sorprendentes contradicciones que se encuentran en la naturaleza del hombre respecto de la verdad, de la felicidad y de muchas otras cosas

Nada más extraño en la naturaleza del hombre que las contradicciones que en ella se descubren respecto a todas las cosas. Él está hecho para conocer la verdad, la desea ardientemente, la busca y no obstante, cuando intenta apoderarse de ella se deslumbra y se confunde de tal suerte que da motivo a discutirle la posesión.

¿Dirá el hombre, al contrario, que posee la verdad ciertamente, aún cuando si se le obligase no podría mostrar ningún título y se vería obligado a ceder? ¿Qué quimera es el hombre? ¿Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué motivo de contradicción, qué prodigio! ¡Juez de todas las cosas, imbécil gusano de tierra, depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y de error, gloria y vergüenza del universo!

¿Quién nos sacará de este embrollo? ¿Qué será de ti, pues, hombre que buscas cuál es tu verdadera condición, según tu razón natural?

Nosotros conocemos la verdad no sólo por la razón sino por el corazón; y en vano el razonamiento, que no tiene en ellos arte ni parte, intenta combatirlos. Sobre estos conocimientos del corazón y del instinto debe apoyarse la razón y fundar en ellos sus pensares. Los principios se sientan, las proposiciones se deducen; y todo con certidumbre, aunque por caminos diferentes. Y tanto es ridículo que la razón exija al corazón la prueba de sus primeros principios, antes de consentir en ellos, como sería ridículo que el corazón exigiese a la razón un sentimiento de todas las proposiciones que demuestra, antes de admitirlas.



Todos los hombres procuran ser dichosos, esto sin excepción. Esto hace que unos vayan a la guerra, y otros no, es el mismo deseo acompañado de gustos distintos. La voluntad no da jamás un paso que no sea con este objetivo. Este es el motivo de las acciones de los hombres. Y, sin embargo, a pesar de los años transcurridos, nadie ha llegado jamás a este punto al cual todos tienden continuamente.

Todos se quejan, príncipes, súbditos, nobles, villanos, viejos, jóvenes, débiles, sabios, ignorantes, sanos, enfermos; de cualquier país, de cualquier tiempo, de cualquier condición.

Una prueba tan larga, tan continua y uniforme, debería convencernos de nuestra impotencia de llegar a un resultado por nuestros esfuerzos: pero el ejemplo no nos aprovecha. Nunca se es tan perfectamente semejante a otro que no exista alguna diferencia; y por esto esperamos que, en estas circunstancias, no pase como en las otras y que esta vez nuestra esperanza no será chasqueada. Así como el presente no nos satisface nunca, la experiencia nos engaña y de desdicha en desdicha nos conduce a la muerte.



La guerra interior entre la razón y las pasiones ha hecho que aquellos que han querido tener paz se hayan dividido en dos sectas: los que han querido renunciar a las pasiones y convertirse en dioses; los que han querido renunciar a la razón y convertirse en bestias. Pero no lo han logrado ni los unos ni los otros; y la razón permanece siempre, acusando la bajeza y la injusticia de las pasiones y turbando el reposo de los que se abandonan a ellas; y las pasiones son siempre vivas en aquellos que han intentado renunciarlas.



Si el hombre no está hecho por Dios ¿por qué no es dichoso sino en Dios? Si el hombre está hecho por Dios, ¿por qué es tan contrario?



El hombre no sabe en qué lugar colocarse. Está visiblemente extraviado y caído de verdadero lugar, sin poder hallarse de nuevo. Busca por todas partes con inquietud y sin éxito, entre tinieblas impenetrables.

Pensamientos
se terminó de editar en abril de 2016
en las oficinas de la Editorial
Universitaria, José Bonifacio Andrada
2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco

Olga Riebeling
Cuidado editorial

Sol Ortega Ruelas
Paola E. Vázquez Murillo
Diseño y diagramación